

en el pañuelo que tenía entre ambas manos.

—¡Válgame Dios!—esclamó por fin.—¡Siempre repulsas! ¡Nadie se compadece de nosotros! ¿Qué haré cuando venga ese hombre?

—Ese hombre ha venido ya, madre mia—dijo Andrés con ternura.

—¡Tú aquí, Andrés!—esclamó doña Petra turbada.

—Todo lo sé.

—¿Qué es lo que sabes, hijo mio, qué es lo que sabes?—preguntó alarmada la pobre mujer.

—El triste estado á que nos vemos reducidos.

Y diciendo esto señaló á los cajones de la papelera que aun permanecian abiertos.

—¡Pobre Andrés!

—¡Pobre madre mia!

Madre é hijo se abrazaron y confundieron sus lágrimas y sollozos.

—Ya lo ves, hijo mio—baluceó la madre después de una larga pausa—he agotado todos nuestros recursos.

—Pero ¿cómo no ha dicho usted nunca nada á sus hijos?

—El temor de alligiros.

—Pero...

—He sido muy egoista.

—¡Usted egoista! ; Usted que lo ha sacrificado todo á nuestro bienestar!

—Me he guardado para mí sola todas las alicieiones.

—Es verdad... en ese sentido ha sido usted muy egoista, porque no debia usted haber olvidado, madre mia, que los pesares son mas llevaderos cuando se reparten entre las personas á quienes se ama.

—¿A qué habia de revelaros nuestra angustiada situacion?

—Me ha tratado usted como á un niño.... y tengo ya la edad suficiente para poder ganar la subsistencia de mi madre y de mi hermana.

—¡Hijo mio!

—Perdóneme usted, mi querida madre, una reconvenccion llena de amor y de respeto; pero si con tiempo me hubiese usted indicado el peligro que corriamos, me hubiera afanado para que este caso no hubiese llegado nunca.

—Y tus afanes continuos hubiéranse convertido en una lucha impotente, en una cruel lucha de todos los dias... de todos los instantes... que

hubiera agotado tu juventud, quitándote las fuerzas para el trabajo.—

—Las fuerzas no me hubieran faltado nunca... ¡Ha de ser tan dulce trabajar para mantener á una madre!

—No he tenido valor para descubrirte lo desesperado de nuestra situación! ¡Dios sabe cuánto siento que te lo haya revelado la casualidad!

—¡Ojalá me lo hubiese revelado mas pronto! ¿Por qué semejante reserva, madre mia? ¿Por qué ha desconfiado usted de la cooperacion de su hijo? ¿No sabe usted que estoy siempre dispuesto á sacrificarme por el bienestar de mi madre y de mi hermana?

—Porque lo sé, hijo mio, porque conozco la sensibilidad de tu corazón, no he querido nunca desgarrarle haciéndote ver una realidad desconsoladora que estabas lejos de conocer y que habia de arrebatarte la tranquilidad y el buen humor.

—¡Madre de mi alma!

Y Andrés llenó de besos y de lágrimas la mano de su madre, que estrechaba afectuosamente entre las suyas.

—¡Hijo mio! ¡Son tan necesarias á tu edad la alegría y la indiferencia! Yo estoy cierta de que hubieras querido sacrificar tu porvenir á las necesidades del presente.

—¿Y qué ha logrado usted con su reserva?

—He logrado verte marchar tranquilo, dichoso, sin sospechar nuestra miseria... aguardando el fruto de una colocacion decente... te encuentras en buen camino... ¿Te parece esto poco para el corazón de una madre?

—Y entre tanto usted sufría... se angustiaba...

—¿Qué importan mis sufrimientos y mis angustias?

—Importan mucho á los buenos hijos las amarguras de una madre. Son mas punzantes que las propias, y destruyen la salud y agotan las fuerzas mucho mas pronto que los sinsabores que ha querido usted evitarme. ¿Y esperaba usted ocultarme siempre la verdad de esta horrorosa existencia?

—Yo nada esperaba, hijo mio.

—¿Vivia usted sin el consuelo de la esperanza?

—No sé; lo que puedo asegurarte, hijo mio, es que únicamente deseaba que llegase el dia en que hubieras alcanzado una posicion para decirte: «todo lo he sacrificado con el objeto de que seas lo que creí. Andrés, ahora te toca á tí mantener á tu madre.»

—¿Y mi hermana Adela?...
 —Todo lo ignora como tú.

—¡Es usted una santa, madre mia!

—Andrés abraza afectuosamente á su madre, y añade por lo bajo:

—¡Pobre madre mia! ha querido proporcionarme una decente posición en la sociedad, y... ¡Dios quiera que algun dia no eche yo de menos la pobre y honrada chaqueta del jornalero!

—Andrés se quedó meditabundo.

Doña Petra observaba atentamente á su hijo y creyó ver que de improviso desapareció la espresion de tristeza que velaba sus facciones, y que una lisonjera sonrisa de esperanza embellecia sus lábios.

—¿En qué piensas, hijo mio?—le preguntó con dulzura.

—Pienso en los medios de salir del presente apuro, y me ha ocurrido una idea que no me parece desacertada.

—¡Oh! si Dios te inspirase algun pensamiento de salvacion...

—Sí, madre, si, Dios nos salvará.... no por lo que yo pueda hacer, si no por usted... por usted, madre mia, cuyas virtudes no han de quedar sin galardón. ¿Era el casero el hombre á quien usted aguardaba?

—El es, en efecto.

—Ha estado ya aquí.

—¿Y has hablado con él?

—Sí señora. Nos concede hasta mañana de término.

—Hasta mañana... Tengo aun algunas horas para hacer nuevas diligencias; pero recelo que nada conseguiré.

—Desde hoy, madre, quedan á mi cargo los negocios de la casa. Tengo la edad suficiente y los conocimientos necesarios para estar al frente de todo. Hágase usted la ilusion, madre mia, de que todos sus afanes y desvelos han obtenido el mas feliz resultado, y que ha llegado el momento que tanto usted deseaba...

—Pero ese momento....

—Ha llegado en efecto, madre mia, y no olvidaré las palabras que ha pronunciado usted poco há: «Andrés, ahora te toca á tí mantener á tu madre.»

—Pero ¿cómo has de hacerlo, hijo mio? ¿Cómo has de salir del presente apuro?

—Fácilmente, madre.

—¿Qué dices!

—Sí, muy fácilmente. He dicho que tenía toda mi confianza en Dios, y que no sería yo quien hiciese el milagro, sino ese mismo Dios que no quiere dejar sin recompensa las virtudes de usted, madre mía....

—Espíciate con claridad, Andrés..... no dilates mi angustiosa impaciencia.

—Dios ha traído á esta casa á nuestro salvador.

—¿A nuestro salvador!

—¿Hay nadie en Madrid mas rico que nuestro amigo Luis?

—Es cierto... —dijo con alegría doña Petra. —Acaba de heredar las inmensas riquezas de su padre...

—¿Hay alguien en Madrid con menos obligaciones que él?

—Yo no le conozco pariente alguno.

—¿Hay quien tenga mejor corazón?

—Es todo un caballero.

—Y ahora viene lo mejor: ¿hay quien nos quiera con mas sinceridad?

—Como que me ha dicho mil veces que me quiere como si fuera su madre, y á tí y á Adela os trata como hermanos...

—Y teniéndole en casa... debiendo almorzar con nosotros este amigo generoso y millonario ¿quiere usted buscar fuera otro que nos saque del apuro?

—Has hecho renacer la esperanza en mi corazón, Andrés mio. ¿Y cuándo le hablaremos del particular?

—Ahora mismo. Está escribiendo en mi cuarto... voy allá...

—¿Y qué vas á decirle?

—Contárselo todo..... tengo orgullo en que sepa hasta donde llegan las virtudes de mi buena madre; pero únicamente le pediré lo preciso para acallar al casero, y esto en calidad de préstamo. Para lo sucesivo veré de proporcionarme otra colocacion mas productiva... y si no... trabajaré... me dedicaré al trabajo que mas pronto se me proporcione... Con voluntad y fuerzas mucho será que no pueda ganar lo suficiente para la manutencion de una familia tan reducida como la nuestra.

—Anda, pues, hijo mio —dijo doña Petra llorando de alegría; —pero recibe antes mi bendicion.

Y doña Petra besó á su hijo en la frente.

Andrés que se había arrodillado para recibir el ósculo maternal, exclamó con la espression de una dulce esperanza.

—La bendicion de una madre no puede atraer mas que felicidades para un hijo. No perdamos tiempo.

Y al dirigirse á su cuarto en busca de don Luis, presentósele este precedido de la inocente Adela.

Fué preciso aplazar para otro rato la interesante conferencia de la cual dependia la tranquilidad de una familia honrada.

—Dios ha traído á esta...
 —¡A nuestro salvador!
 —Hay nadie en Madrid mas rico que nuestro amigo Luis?
 —Es cierto... —dijo con alegría don Pedro.— Acaba de heredarse las inmensas riquezas de su padre...
 —Hay alguien en Madrid con menos obligaciones que él?
 —Yo no le conozco pariente alguno.
 —¿Hay quien tenga mejor corazon?
 —Es todo un caballero.
 —Y ahora viene lo mejor: ¿hay quien nos quiera con mas sinceridad?
 —Como que me ha dicho mil veces que me quiere como si fuera su madre, y á ti y á Adela os trata como hermanas...
 —Y teniendo...
 —necesito y millonario ¿quiere usted buscar fuera otro que nos saque del apuro?
 —Has hecho renacer la esperanza en mi corazon, Andrés mio. ¿Y cómo lo le hablamos del particular?
 —Ahora mismo. Está escribiendo en mi cuarto... voy allá...
 —¿Y que vas á decirle?
 —(Contéstalo todo... tengo orgullo en que sea hasta donde llegan las virtudes de mi buena madre; pero únicamente le pediré lo preciso para hacer el casero, y esto en calidad de préstamo. Para lo sucesivo verá de proporcionarme otra colocacion mas productiva... y si no... repartir... me lo diré el trabajo que mas pronto se me proponga... Con voluntad y fuerzas mucho sera que no pueda ganar lo suficiente para la manutencion de una familia tan reducida como la nuestra.
 —Anda, pues, hijo mio—dijo don Pedro—horas de alegría; —pero recibe antes mi bendicion.
 Y don Pedro pasó á su hijo en la frente.

CAPITULO XIII.

LA CARIDAD.

—¿Qué tal, mamá?—preguntó Adela presentándose con otro vestido tan sencillo como elegante.—¿Estoy bien así?

—Muy bien, Adela—respondió su mamá.

—Ya veo que hoy tendré que reñir con ustedes—dijo el conde sonriéndose.

—¡Usted reñir con nosotros!—esclamó doña Petra.—Ni en chanza me gusta que diga usted semejantes cosas, Luisito.

—Pues ¿no vé usted, señora? Andrés se afeita..... y mi hermanita ha mudado de traje por mi causa.

—Es preciso no espantar á los huéspedes—alegó con mucha gracia la tierna jóven.

—Andresillo—dijo don Luis apoyándose en el hombro de su amigo—¿qué pensativo estás!

—¡Qué indiferencia á mis palabras!—pensó tristemente Adela.

Y continuando el conde sus advertencias á Andrés, añadió:

- ¡Qué cara tan dificultosa tienes á pesar de haberte afeitado!
- ¡Yo!...
- Este chico se desmaya si no viene pronto el almuerzo.
- Es verdad—dijo Andrés— no dejo de tener apetito.
- ¿Qué hora es?—preguntó doña Petra.
- Cerca de medio dia—respondió Adela.
- Pues no es tarde.
- Para la generalidad—pensó don Luis—concedo; pero para un excellentísimo señor conde que hace mas de treinta horas que no dice: «este estómago es mio» es muy tarde.—Y en alta voz añadió:—Yo creo que deben ser mas de las doce.
- Tu reloj nos sacará de dudas—repuso Andrés.
- Le tengo en casa del relojero—alegó el conde, y añadió para sí:—Bien sabe Dios que digo la verdad.
- En este momento se presentó Lucas diciendo:
- Señorito Andrés, aquí está...
- ¿El desayuno?—preguntó con viveza el conde.
- Creí que estaba solo el señorito—repuso Lucas.
- ¿Quién está ahí?—preguntó Andrés—¿ese hombre de la chispa?
- No señor, el de la chispa ya está lejos.
- ¿Pues quién está ahí?
- Una comision de beneficencia.
- ¿Qué quiere?
- Viene pidiendo para los pobres.
- ¡Para los pobres!—reflexionó el conde—sí... para los pobres de solemnidad... No entro en ese número... yo soy un mendigo de alta categoría y por lo mismo insolemne.
- Es una señorita y un...—añadió Lucas.
- ¡A buena hora!—dijo azorado Andrés.
- ¿Qué les digo?—preguntó Lucas.
- Que no estamos en casa—prosiguió Andrés.
- No seas malo—esclamó candorosamente Adela.
- ¿Qué hemos de hacer?—dijo doña Petra turbada.
- Recibirles—respondió Adela.—Es un momento...
- Pero...

— Andrés fué interrumpido por su hermana, que dijo á Lucas:

— Que pasen adelante.

— Y aproximándose Lucas á la puerta, dijo:

— Pueden ustedes entrar.

— ¡Qué veo! — exclamó con sorpresa el conde de Campofrío. — ¡La señorita de Mendilueta!

— En efecto, Eloisa, la hija del banquero de Barcelona, primorosa y elegantemente vestida, acababa de invadir la sala, seguida de un lacayo con librea.

— Siento mucho venir á molestar á ustedes — dijo con dulzura la recién llegada — pero desgraciadamente hay en este barrio muchas familias desvalidas, y los que tenemos lo supérfluo..... es muy justo que lo cedamos á los que carecen de lo necesario.

En este momento se presentó la señora Juana, y sin advertir de pronto que habia una visita de cumplimiento, dijo:

— El almuerzo está en la mesa.

— ¡El almuerzo! — exclamó el conde para sí con impaciencia.

— Repito que siento incomodar á ustedes; pero será breve mi visita..... Ustedes disimulen.... — añadió la elegante jóven — si he venido á turbar.....

— ¡Oh! de ningun modo... — empezó á decir doña Petra; pero su turbacion no le permitió acabar la frase.

— La presencia de usted... — añadió no menos confuso Andrés — no puede nunca molestar...

— ¡Molestar! ¡molestar! — exclamó el conde con galantería. — ¡Molestar una jóven tan linda... cuando viene á ejercer esa incumbencia tan propia de un ángel...

— ¡Mi amigo don Luis siempre fino y galante! — repuso Eloisa.

— He dicho propia de un ángel porque lo es sin duda quien atesora tantas perfecciones.

— Está usted de buen humor, amigo mio.

— ¡Se conocen! — murmuró entre dientes Adela. — ¡Y acaso se aman!

— He cometido una indiscrecion — pensó la señora Juana — al anunciar el almuerzo. ¡Y esta señorita viene á pedir para los pobres! Un nuevo apuro para mi ama. Si yo pudiera aproximarme al señorito Andrés...

Y diciendo esto la honrada sirvienta, se acercó al hijo de la casa.

— ¡Qué encuentro tan agradable para mí! — exclamó don Luis, contemplando con el lente á Eloisa.

— ¡No puede disimular su pasion! — dijo Adela para sí, y se quedó meditando.

— También tengo yo mi placer en hallar á usted aquí en este momento — dijo Eloisa al conde.

— ¿De veras?

— Siempre me es grata su presencia... pero ahora mucho mas.

— ¿Cómo así, madamita?

— Como que además del gusto de ver á usted, espero un rasgo de su generosidad en beneficio de los pobres.

El conde turbado empezó á tentarse los bolsillos.

— Vamos á ver hasta dónde llega la generosidad de un pollo — se dijo Lucas á sí mismo, y miraba á don Luis con picaresca desconfianza.

Don Luis continuó:

— Crea usted, mi buena amiguita, que siento un placer vivísimo...

— ¿En socorrer á los pobres? — preguntó Eloisa.

— En ver á usted tan amable y tan...

— Hoy no es dia de galantes lisonjas... espero algo mas de usted.

Y el apurado conde exclamó por lo bajo:

— Es que no tengo otra cosa que dar. — Y en alta voz añadió: — Con que espera usted...

— Una buena accion.

— ¿Por ejemplo?

Eloisa coje una bandeja de plata que llevaba el lacayo, y la presenta al conde de Campofrio.

— ¡Qué cosa tan singular! El lance está bueno... — dijo el conde esforzándose por reir.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Eloisa.

— ¡Cosa mas rara!..... Ya vé usted..... hace rato que estoy buscando mi porta monedas... y no le encuentro... Le he perdido, ó me le han robado sin duda.

— Así andan la mayor parte de los lechuguinos — dijo Lucas para sí en tono de mofa. — Mucha fachenda..... mucho viento en la cabeza y en el bolsillo.

— Por fortuna solo llevaba en él dos ó tres mil reales — añadió el conde.

— ¡Allá vá una mentirilla de limosna, que no cabe en la bandeja! — pensó el malicioso Lucas.

En este momento saca Eloisa una moneda de oro, y mirando al conde con coquetería, le dice:

— Me lisonjeo, señor conde, de que no tendrá usted el menor reparo en ser mi deudor.

El conde hace una afectada cortesía, y esclama:

— ¡Oh! ¡madamita!... ya que es usted tan buena, le suplico que ponga en la bandeja otros cuatro duros.... Si todos mis acreedores fuesen tan amables!...

— ¡Siempre de buen humor!

Eloisa se rie y pone otra moneda de oro en la bandeja, que presenta inmediatamente á doña Petra y á Adela.

— Señora... señorita...

— Nada me pide á mi porque llevo blusa — dijo por lo bajo Lucas. — Eso se pierde... le iba á echar un par de reales.

— Usted dará por las dos, mamá — dijo Adela.

Y doña Petra exclamó en su interior:

— ¡Qué apuro!

No menos ruborizado Andrés, dijo para sí:

— ¡Qué vergüenza!

— Señoras... — repitió Eloisa presentando nuevamente la bandeja.

La señora Juana codea á Andrés, y dándole un napoleon, le dice disimuladamente en voz baja:

— Señorito... eche usted eso por mí; que yo no me atrevo...

Andrés conoció la intencion de la señora Juana, y apoderándose del napoleon, le dijo enternecido:

— Gracias... gracias por mi madre.

Viéndose Eloisa desairada, retiró la bandeja con orgullo y dijo en ademán de desprecio:

— Me es muy desagradable haber molestado á ustedes.

En este momento Andrés dejó caer el napoleon en la bandeja diciendo con amargura:

— Usted no puede molestarnos, señorita; y mucho menos cuando viene á

pedirnos lo supérfluo para los pobres que carecen de lo necesario.

Eloisa saludó, y al retirarse aceptó la mano que le presentó el conde de Campofrío, y fué acompañada por este hasta el coche.

— ¡Sí, se aman! — dijo para sí Adela atormentada por el rigor de los celos.

El conde volvió á la sala precipitadamente á impulsos del hambre, y exclamó con alegría:

— Ahora á almorzar, amigos míos.

— Sí, sí, que se está enfriando — añadió la señora Juana, y se fué corriendo con Lucas.

Don Luis ofreció un brazo á doña Petra y otro á Adela, y mientras se dirigian todos al comedor, dijo riéndose:

— ¡Qué bien nos vá á saber el almuerzo después de haber ejercido una obra de caridad!

CAPITULO XIV.

AMISTAD DESVALIDA.

No referiremos minuciosamente el almuerzo con que la honrada familia de Ibarrola obsequió al conde de Campofrío; solo diremos que el estado á que se hallaba reducida era poco menos que el de la indigencia, y que á no ser por la generosidad de la señora Juana, no hubiera podido verificarse aquel obsequio que fué para el apuradísimo conde tan grato y consolador como la salvadora tabla que en deshecha tormenta conduce al náufrago á puerto de seguridad.

No hubo en la mesa costosos manjares ni extraordinarias bebidas: pero componíase de sanos alimentos condimentados con esmero por manos ejercitadas, sabroso y estomacal vino de Valdepeñas, blanquísimo pan de la tahona de las Maravillas y sazoadas frutas, servido todo con exactitud y aseo.

La conversacion estuvo fria y de escaso interés.

Resentíanse los ánimos en general de la escena que habia precedido al desayuno, y aunque por distintas causas hallábanse profundamente preocupados.

Solo el conde, avasallado por la imperiosa ley de la necesidad, habíase abandonado, seguramente sin conocerlo, á las exigencias de su apetito, y sin parar mientes en la triste parsimonia de sus amigos, aprovechábase del bien presente, como suele hacerlo todo aquel que tiene cogida la ocasion de un cabello y oye la voz de la triste experiencia que le dice: ¿Cuándo te verás en otra?

Hemos dicho que reinaba la melancolía entre los demás personajes aunque producida por distintos motivos.

Así era la verdad.

Doña Petra sentía en el alma que su querido hijo Andrés estuviese enterrado de lo horrible que era su situación; y aunque tenía fundadas esperanzas de que la amistad que el conde de Campofrío les profesaba les sacaría del apuro en que les había colocado la inexorable severidad del casero, esto no amenguaba lo tenebroso del porvenir de sus hijos, no avezados al trabajo, de cuyo fruto era indispensable que viviesen en lo sucesivo.

Todos los afanes de esta virtuosa madre habían sido encaminados á dejar á su Andrés y á su Adela en una posición cómoda aunque modesta; y al ver frustrados tantos desvelos, un pesar agudísimo laceraba su corazón.

La ignorancia en que estaba Adela de su infortunio, causaba también amargo desasosiego á su madre, y se había puesto de acuerdo con Andrés para ocultar á la inocente jóven, ó á lo menos retardar los sinsabores que le aguardaban.

¡Pobre niña! ella desconocía lo que en este mundo valen las riquezas. No concebía más felicidad que la de amar y ser amada.

Ella amaba con frenesí; pero... ¿podía lisonjearse de ser correspondida? De ningún modo, y esta era la causa de su dolor.

Amaba con delirio al conde, y aunque este dirigía alguna que otra frase amorosa á la sensible niña ¿qué probaba esto? Probaba que el conde era galante con todas las mujeres, y nada más.

El conde había estado mucho más atento, mucho más fino y obsequioso con la elegante señorita que pedía limosna para los pobres.

La trataba con singular franqueza... cruzábase con ella miradas afectuosas.... la dirigió expresiones que solo se dirigen á quien se ama.... le dió la mano y la acompañó hasta el coche!...

Y Adela suponía que aquella elegante señorita que tan primorosos atavíos ostentaba, pertenecía indudablemente á la más distinguida aristocracia.... que aquella rica jóven que llevaba el oro en abundancia para poder prestarlo á sus amigos, sería de las familias más acaudaladas de Madrid; y á pesar de las revelaciones que el conde le había hecho tanto acerca del triste estado de su patrimonio como de su modo de pensar sobre las preocupaciones de la alta sociedad, dedujo de lo que acababa de ver, que el conde y la descono-

cida se amaban, y que por su posicion social eran ambos dignos el uno del otro.

Esta creencia se fortificó durante el almuerzo, al ver Adela la impasibilidad y hasta notable satisfaccion con que el conde saboreaba los platos, sin que ninguna otra cosa le interesára ni cautivára en lo mas minimo su atencion, fija esclusivamente en los manjares, que elogiaba con entusiasmo, lo mismo que la habilidad de la señora Juana, á quien tambien prodigó piropos, que no hubieron de caer en gracia á la celosa enamorada, á pesar de que el objeto favorecido no podia serle bajo ningun concepto sospechoso.

Andrés, lo mismo que su madre, estaba aun ruborizado de lo que habia ocurrido antes de almorzar, y estudiaba por otra parte el medio de que se valdria para hacer á su amigo Luis una franca relacion de su estado, é implorar por primera vez en su auxilio los favores de la santa amistad.

Adela era un estorbo para llevar á cabo su pensamiento, y como no era cosa de retardarlo toda vez que solo tenia de término lo que de aquel dia quedaba, resolvió salir solo con él á paseo después de almorzar, y vencer la vergüenza de pedir por primera vez dinero prestado.

Alentábale, sin embargo, el fraternal cariño que su amigo el conde le profesaba, y la seguridad que tenia de que era una exigencia la suya que por ningun estilo podia incomodar á un jóven desprendido y millonario, y que por consiguiente no era de temer ni remotamente un desaire.

Así pues, cuando ya tocaba el almuerzo á su término, propuso Andrés un paseo á don Luis con el objeto de poder hablarle detenidamente y sin testigos; pero el conde, como cumplido caballero, contestó de la manera siguiente:

—Apruebo tu proposicion, amigo mio... me parece muy bien coronar la fiesta con una escursion pedestre, ya sea por el Retiro ó por la Fuente Castellana.

—Me alegro mucho de tu asentimiento.

—Le doy con toda mi alma... El ejercicio es muy sano para el cuerpo.

—Ya se vé que sí—repuso Andrés reanimando su buen humor con la esperanza de un triunfo completo en la empresa que iba á comenzar.

—Y creo que nos es indispensable para la digestion... á mí, á lo menos, que he tributado el debido homenaje de justicia al imponderable mérito de la señora Juana comiendo como un desaforado...

—Lo mismo que todos—objetó doña Petra sonriéndose.

—No lo sé, mamá—añadió el conde con jovial franqueza—ignoro el comportamiento de ustedes en esta ocasion, porque me he visto á la verdad tan ocupado, que no he tenido tiempo para reparar en ajenas evoluciones.

Esta amistosa confesion del conde hirió el amor propio de Adela, que habia notado ya la indiferencia del conde para todo lo que no era engullir. Parecía que su amiguito se habia vuelto algo grosero en su ausencia de la corte, porque la pobre muchacha ignoraba el poder que ejerce el hambre aunque sea en estómagos aristocráticos.

—Pero lo que sí sé con toda certeza—añadió el conde prosiguiendo su comenzada peroracion—es que yo podia habérselas apostado al mismísimo Heliogáballo con esperanzas de vencerle.

—Tanto mejor—repuso Andrés—así te será provechoso el ejercicio, como tú dices.

—Todos los médicos, desde Hipócrates y Galeno hasta los modernos homeópatas creo que estarán acordes en esta materia.

—¡Cuánto sabes!—esclamó Andrés riéndose.

—Es que á pesar de ser conde, me ha gustado siempre el estudio.

—Vamos, vamos á dar un paseo, y aprovechar el hermoso día que hace, supuesto que apruebas mi idea.

—Es una idea magnífica; pero la apruebo bajo una condicion.

—¿Y es?

—Que nos han de acompañar mamá y mi hermanita—dijo el conde con amable espresion.

—¡Qué disparate!—repuso Andrés que deseaba ir solo con su amigo.

—En cuanto á mí—dijo doña Petra—me es absolutamente imposible, Luisito... ¡tengo tanto que hacer!

—Hoy no se trabaja—replicó el conde.—Es preciso que el obsequio con que ustedes me honran sea completo.

—Con mucho gusto iríamos—añadió doña Petra;—pero debe usted hacerse cargo...

—De nada, de nada quiero hacerme cargo.

—Es usted muy severo—dijo Adela.

—No es severidad, hermanita—repuso el conde—es egoismo.

—Eso es peor aun.

- Desearia no separarme de ustedes tan pronto.
- ¿Tanto le interesa á usted nuestra compañía?
- ¿Puede usted dudarlo?
- Vamos, vamos — exclamó Andrés — no es tiempo ahora de piropos.
- ¿No conoces que no quieren venir?
- ¿De veras quieren ustedes privarnos de su amabilidad?
- Ya vé usted — alegó Adela — dice mamá que tiene mucho que hacer, y no es cosa de separarme de ella cuando puede necesitar de mi auxilio.
- Bien claro lo dicen — añadió Andrés — no quieren venir... Vamos, vamos Luis.
- Me afecta mucho el desaire — dijo el conde.
- No es desaire, Luisito — repuso doña Petra — es hablar á usted con franqueza. ¿Querrá usted que le tratemos con cumplimientos y que por no desairarle, como usted dice, descuidemos sagradas obligaciones?
- De ninguna manera — respondió el conde.
- Pues vámonos — repitió Andrés impaciente.
- Vámonos — dijo el conde — pero antes es preciso llenar las copas por última vez.
- La mia no — repuso Adela — dispense usted...
- ¡Válgame Dios, hermanita! — dijo sonriéndose el conde. — ¿He de ver á usted siempre en los bancos de la oposicion?
- He bebido mucho.
- No importa, beberá usted un sorbito mas, siquiera para acompañar un brindis... el brindis de despedida.
- Es imposible resistir á semejante exigencia — dijo Andrés, y llenó las cuatro copas.
- ¡Brindo — exclamó el conde con la espresion de la sinceridad — por el dichoso porvenir de esta honrada familia, de la cual me considero con orgullo como individuo; y que la señora doña Petra, mi segunda mamá, vea en breve á su querido Andrés de Intendente ó Director del real Tesoro, y á la amable Adelita en una brillante posicion social, al lado de quien merezca y sepa apreciar debidamente su amor.
- ¡Bravísimo! — gritó Andrés, y cuando todos hubieron bebido, añadió: — ahora vámonos.
- El conde y Andrés cruzaron aun algunas frases galantes con la madre y

la hija que se quedaban en la casa, y salieron de ella asidos del brazo con direccion á los jardines del Buen Retiro.

Habian llegado ya al anchuroso estanque, y Andrés no se habia atrevido aun á declarar al conde la desesperada situacion en que se hallaba.

Aguardaba un momento en que la misma conversacion le diese márgen á explicarse con toda claridad, y esta ocasion no tardó en presentarse.

Era á la sazón inmensa la concurrencia á aquellos deliciosos sitios, donde parece haberse abierto un palenque de competencia á la elegancia y la suntuosidad.

— ¡Cuánto lujo hay en este Madrid! — exclamó el conde.

— ¡Y se pondera la miseria general! — dijo Andrés.

— No estoy en mi elemento entre esta multitud.

— Atravesemos estas encrucijadas, si bien te parece, y descansaremos en uno de los bancos de la altura donde está el telégrafo.

— Tienes razon... saldremos de este barullo, y disfrutaremos de la hermosa vista que ofrece el sitio mas elevado del Retiro.

— Eres un verdadero filósofo.

— Si te halláras en mi caso — dijo con misteriosa expresion el conde — no lo estrañarías.

— En tu caso es cuando menos falta hace la filosofia — repuso Andrés.

— No te fies de las apariencias.

— ¿Por qué dices eso?

— Porque suelen ser siempre engañosas. Has visto todos esos lujosos trenes que circundan el Prado..... ese inmenso lujo que destella por todas partes...

— Le he visto, y me alegro.

— ¡Te alegras de ver tanta vanidad!

— Me alegro de ver que no hay en Madrid la pobreza que se supone.

— ¡Cuán equivocado vives, mi querido Andrés!

— Creo que no puede haber equivocacion en lo que se vé.

— Esas carrozas que ves, esos soberbios caballos, esas fascinadoras bellidades sobrecargadas de preciosísimos adornos, no representan la riqueza de Madrid, amigo mio. ¿Quieres saber lo que representan?

— Me gusta oírte filosofar... habla.

— Toda esa escandalosa ostentacion de lujo es el emblema de la vanidad.

Te equivocas, repito, si crees que esa pompa se ha comprado con oro. La mayor parte de lo que ves, se está debiendo, y algunos de los que tan repantigados se muestran en público, insultando al pueblo trabajador desde sus doradas carrozas, no son mas que tramposos, miserables que para ocultar su pobreza y no ver ajado su orgullo, aparentan lo que no son, y ocultan debajo de mentidos oropes... tal vez una pobreza horrible... tal vez el hambre que les devora...

— ¡Hambre entre tanta suntuosidad!

— Se conoce que siempre has sido feliz, amigo Andrés, y por eso no tienes experiencia de lo que pasa en el mundo. Las desgracias aleccionan aun mas que los años. En este mundo todo es farsa.

— Así lo ha dicho Breton de los Herreros.

— Breton no ha hecho mas que escribir una comedia de lo que desde la mas remota antigüedad es un axioma que anda en boca de todos. El orgullo nos trastorna el seso en términos, que desde que tenemos uso de razon parece que la empleamos únicamente para perderla. La manía general es parecer mas de lo que somos. Si logramos adelantar ó subir, aunque no sea mas que una pequeña grada en nuestra posicion social, lo pregonamos con énfasis y aun ponderamos nuestra fortuna; pero si el paso que damos es hácia atrás... ¡Dios nos libre de confesarlo!

— Eso es verdad — dijo Andrés acordándose de su posicion.

— Demasiado lo sé; y para ocultar la vergüenza de confesar que hemos descendido, hacemos sacrificios que nos hunden mas pronto en el abismo. Sobre todo, no queremos pasar por pobres de ninguna manera, y esto es lo que conduce á muchos á la carrera de los crímenes. Una vez resuelto el hombre á no pasar por la condicion de pobre, que él tiene por la mas degradante de todas, cree licitos todos los medios de adquirir oro, y olvida la gran máxima que se encierra en esta redondilla:

Riqueza mal adquirida
Remordimientos procura;
Solo la virtud augura
Los encantos de la vida. (1)

(1) Los NEGROS, drama del autor de esta novela.

— Ayer me burlaba de la gravedad que noto en tus palabras, y hoy te escucho con el mayor placer.

— El riquísimo Valdepeñas del almuerzo, me ha dado elocuencia, ¿no es verdad?

— Ya se yo que no necesitas de tales estimulantes para hablar bien, y me alegro de oírte en los términos que acabas de espresarte.

— ¿Cómo así?

— Como que quiero darte una prueba de que hay en el mundo quien no se avergüenza de confesar que es pobre; y prefiere hacer esta confesion con toda franqueza á un buen amigo, antes que imaginar siquiera valerse de otro medio alguno reprobado por el honor, para ocultar su miserable estado.

— ¡Qué dices! — exclamó sorprendido el conde.

— Digo que soy pobre — respondió Andrés con amargura.

— Mientras estés en estado de darme riquísimos almuerzos como el de esta mañana — exclamó el conde riéndose — permíteme, chico, no creer en tu pobreza.

— ¿Has olvidado tu máxima?

— ¿Cuál?

— ¿No has dicho hace poco que en este mundo todo es farsa?

— ¿Y qué?

— Que tambien ha sido farsa lo del almuerzo.

— De esas farsas tomaria yo todos los dias la repeticion. ¿Te burlas de mí, Andrés? ¿Sabes acaso algo de mi posicion?

— Sé que es brillante, y qué forma gran contraste con la mia. Has perdido tu formalidad precisamente cuando mas la necesito.

— ¿Pero hablas de veras?

— Sí, Luis mio — dijo conmovido Andrés, estrechando la mano del conde — voy á darte una prueba de mi cariño depositando mi confianza en tu buena amistad.

— Habla.

— Cuando ayer te encontré, me juzgaba aun feliz.

— ¿Ha ocurrido alguna desgracia en tan poco tiempo?

— Nuestra desgracia, querido Luis, viene ya de lejos; pero yo la ignoraba... No he sabido hasta hoy que todos nuestros recursos están agotados, y que para hacer tu almuerzo ¡asombrate, amigo mio! la señora Juana,

nuestra honrada sirvienta, ha suministrado el dinero, lo mismo que el napoleon que he dado esta mañana para los pobres. Mi situación es desesperada.

— Pero yo no entiendo... — exclamó el conde asombrado.

— Escucha. Avezado desde niño á no mezclarme en el gobierno de la casa que mi madre tenia á su cargo, y que con tanto celo como inteligencia desempeñaba, he ido creciendo; y aunque me hallaba ya en edad de poder enterarme de los asuntos domésticos, era tan completa la confianza que tenia en la actividad, celo y sabiduría de mi madre, que nunca me ha pasado por la imaginación dirigirle sobre este particular una sola pregunta. Veia yo que habitábamos una decente morada, decorada con gusto y aseo sino con gran lujo, y que tanto Adela como yo teniamos lo suficiente para satisfacer nuestros caprichos, que eran siempre moderados. En una palabra, no tengo necesidad de explicarte nuestros goces... nuestro modo de vivir.... supuesto que le conoces como yo.

— Y creia que tenias lo suficiente, no solo para vivir en los términos decorosos que hasta aquí, sino que me lisonjeaba de que mejoraria vuestra suerte con los adelantamientos que pudieras hacer en tu carrera.

— Yo tambien albergaba esa idea, y era feliz viendo contenta á mi hermanita, y á mi madre afanarse por darnos gusto en todo.

— ¿Y cómo se han desvanecido tus ilusiones?

— Mientras escribias esta mañana tus cartas...

— Que por cierto se me han quedado olvidadas en el bolsillo.

— Se me ha presentado el casero...

— ¿Le debia tu madre algo?

— Algunas mensualidades... tres me parece que son... y si no se le pagan mañana... empezarán las diligencias judiciales.

— Eso es lo de menos.

— ¡Cómo lo de menos!

— Hará gastos inútiles.

— ¿Por qué?

— Porque nadie saca dinero de donde no le hay.

— Sin embargo, se dará publicidad.

— Eso es malo.

— Se nos arrojará á la calle...

— Eso es peor; pero hay otra cosa que es la peor de todas.

—¿Cuál es?

—Tú debes saberlo mejor que yo... la de haber llegado á ese extremo de pobreza.

—Es verdad.

—¿Pero cómo sabes tú que están agotados vuestros recursos?

—Porque á consecuencia de la visita del casero, he querido enterarme de todo mientras estaba mi madre ausente, y he leído documentos que me han estremecido... intimaciones... cartas de acreedores llenas de insultos...

—Lo creo sin que lo jures..... no hay en el mundo cosa mas insolente y desvergonzada que un acreedor.

—Negativas...

—Como las que espero en contestacion á mis cartas—pensó el conde.

—Amenazas...

—Los acreedores son muy aficionados al sistema del terror.

—Una citacion judicial...

—¿Y ningun billete del Banco?

—Ni billetes, ni dinero...

—Eso es triste...

—Ni una sola de las alhajas de mi madre.... De todas se habia desprendido para retardar el infortunio que nos amenazaba.

—¿Pero qué plan era el suyo?

—Yo no sé... sacrificarlo todo á nuestro sosiego.

—¡Pobre madre!... ¡Pobre Andrés!

Al hacer la segunda exclamacion, el conde abrazó á su amigo y derramó lágrimas de dolor.

Después de una breve pausa, preguntó:

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé si me atreva...—balbuceó Andrés.

—¿A qué?

—A decirte mi pensamiento.

—¿No soy tu amigo?

—Sí, Luis, eres mi amigo, y sé que en este momento no me abandonarás. Cuento con tu generosidad para contener al casero.

—¡Qué dices!... ¡Pobre Andrés!

—¿Qué contestacion me das?—preguntó Andrés avergonzado.

— Puedo darte un consejo. — Y crees tú que la ocasión es a propósito? —

— ¡ Un consejo !

— Ahora me alegro de no haberme acordado de arrojar las cartas en el buzón. — ¿ Sabes lo que he comido yo en el término de cuarenta horas ?

El conde saca las dos cartas del bolsillo, abre una de ellas y la entrega á su amigo, diciendo :

— Puedes escribir al casero una carta como esta.

— Pero qué significa...

— Léela sin cumplimientos.

Andrés leyó lo siguiente :

« Muy señor mío: la reclamacion de usted es muy justa, y prometo satisfacerle cuanto antes lo que le debo. Soy honrado y empeño mi palabra de honor en pagarle primero que á los demás acreedores. No creo de su buen corazon que quiera dar un escándalo que á nadie perjudicaria tanto como á usted, pues los trámites judiciales no pueden obligarme á otra cosa que á pagar cuando pueda, y además de las molestias y gastos que le ocasionarian, servirian de ejemplo á otros acreedores, y Dios sabe cuando le tocaria á usted el turno de cobrar algo. Compadézcase usted de mi situacion y por el interés de ambos, espero se dignará concederme el nuevo plazo que su prudencia le dicte, á lo cual le quedaré eternamente reconocido. »

— ¡ Qué es esto ! — exclamó aturdido el desventurado Andrés.

— ¡ Pobre amigo mio ! Esto es decirte que te has equivocado.

— Pero...

— Sí, amigo mio, te has equivocado al creerme rico... ¡ Otro ejemplo de lo engañosas que son las apariencias !

— ¿ Y tú no tienes ?

— No tengo mas que consejos.... y lágrimas que darte. Son dos cosas, amigo mio, que no hacen el caldo gordo.

— ¿ Te burlas de mi desgracia ?

— Bien sabe Dios que diera mi vida por remediarla; pero me es de todo punto imposible... Soy mas desgraciado... Soy mas pobre que tú.

— ¡ Tú pobre ! ¿ Pues y la herencia ?

— ¡ Ha sido una herencia verdaderamente envidiable ! Un tesoro de trampas, de enredos y de deudas...

— ¿ Me hablas con formalidad ?

—¿Y crees tú que la ocasion es á propósito para chancearse? Te repito que soy mas pobre que tú.

—Eso no puede ser... mañana estaré en la indigencia.

—¿Sabes lo que he comido yo en el término de cuarenta horas? Lo que he almorzado en tu casa. Ayer pasé el dia en ayunas. Y esa carta que acabas de leer, vá dirigida al mas tenaz de mis acreedores, porque has de saber que mis acreedores pertenecen á la raza de los conejos, segun la prodigiosa rapidez con que se multiplican.

—Tú eres solo, Luis.

—Eso es verdad... en eso te llevo una gran ventaja.

—Yo tengo una madre y una hermana á quien mantener.

—¡Pobre Andrés!

Y después de dar otro abrazo á su amigo, añadió el conde:

—¿Y qué dice á todo eso la inocente Adela?

—Nada sabe.

—Pero cuando lo sepa...

—Le sucederá lo que á mí... lo sentirá por su madre.

—¡Que me halle yo en tal situacion!—esclamó el conde arrojando con ira su sombrero contra el suelo.

—¿Qué haces?—le preguntó su amigo.

—Nada—respondió recogiendo y limpiando el sombrero—contraigo méritos para ir mas pronto al hospital. Hasta hoy no habia conocido todo lo horroroso de mi situacion. Veros á vosotros necesitados.... á mi querido Andrés... á la interesante Adela... á tu bondadosa madre... ¡y no poder socorremos! Esto me llena de angustia. Pero yo no he de ser siempre pobre... de un momento á otro podré dar con el medio de hacer un arreglo decente con mis acreedores, y entonces pondré toda mi fortuna á vuestra disposicion.

—Gracias, Luis, gracias—dijo tristemente Andrés.

—Entretanto, amigo mio, no hay que abandonar á la desesperacion... Sigue mi ejemplo... que dia vendrá en que se apiade Dios de nosotros.—

Dejemos á los dos amigos en su desesperada situacion, para ver lo que pasa en casa del antiguo banquero de Barcelona, el señor de Mendilueta.

CAPITULO XV.

UNA CARTA.

Hemos hablado de las víctimas.

Vamos ahora á hablar del verdugo.

Mientras la viuda y el hijo de Ibarrola trataban en vano de hallar un medio de alejar la indigencia que tan de cerca amagaba exacerbar su porvenir, ignorando que la verdadera causa de su infortunio habia sido la criminal codicia de su casero, en quien no veian mas que un acreedor inexorable; este hombre inmoral, digno de la cadena del presidiario cuando menos, vivia en un magnifico palacio, rodeado de una suntuosidad verdaderamente régia, lujo insultante que habia brotado en el terreno de infuca dilapidacion al riego de copiosas lágrimas desastrosamente arrancadas á la inocencia.

Mendilueta pertenecia á la aristocrácia del dinero, y como todos los aristócratas de baja procedencia, tenia formado un concepto erróneo del buen gusto.

Su hija Eloisa, mas orgullosa que su padre, por la pésima educacion que habia recibido, confundia tambien como aquel, los alardes de una vanidad frenética, con el esquisito gusto de la elegancia y del verdadero buen tono.

Imponentes, deslumbradores estaban los salones del palacio é hija habitaban, no por la belleza de los adornos, ni por el tino con que estaban colocados, sino por su excesivo valor.

Mas que elegante morada de personas avezadas á las exigencias de la finura y del buen tono, parecia la casa del banquero, uno de esos inmensos establecimientos divididos en varios almacenes de muebles preciosos de cuya aglomeracion y mezcla de formas y gustos pertenecientes á distintas épocas,

surgía una confusión desagradable.

Tanto el padre como la hija, estaban en la inteligencia de que acreditaban de este modo su buen gusto, y solo hacían gala de su vanidad, de su riqueza, y de su ignorancia.

El mérito de las decoraciones, el gusto de los adornos, la verdadera elegancia y finura no está en la profusión de muebles costosos, sino en la elección de ellos y en su conveniente distribución; así como no ostenta mayor elegancia la belleza abrumada de piedras preciosas en las sienas, que la que sabe colocar en su tocado una sola rosa con discreta coquetería.

Por una de estas salas se pasea, como abismada en graves reflexiones, la hermosa Eloisa, con la cabeza baja y una carta abierta en la mano.

De repente se para exclamando:

— ¡No es posible!... ¡no es posible!...

Y después de leer la referida carta, déjase caer sobre un sofá y ocultando el rostro entre sus manos, prorrumpe en fuertes sollozos.

No eran sollozos de ternura... eran de rabia.

Un momento después, se levantó, secó sus ojos con el pañuelo, tiró en el suelo la carta y la pateó con cierta sonrisa diabólica, hija del despecho ó de la ira que hacia latir con violencia su corazón.

— ¡Esto es indigno! — exclamó por fin. — He de vengarme.

Y al pronunciar estas últimas palabras, recogió la carta.

Un momento después sintióse acometida de una ligera convulsión.

Derramó algunas gotas de vinagre de tocador en su pañuelo, le olió, se lo restregó por las sienas, y tiró de la campanilla con violencia.

— ¿Están sordos en esta casa? — exclamó sin dar tiempo á que nadie pudiese aparecer.

Volvió á tirar del cordón de la campanilla en el momento en que se presentaba un criado.

Eloisa le preguntó de una manera brusca:

— ¿Estaba usted durmiendo?

— No por cierto, señorita — respondió el criado.

— ¿No sabe usted que cuando yo llamo, debe acudir inmediatamente?

— He venido al instante, señorita.

— ¡Silencio! A mí no se me replica.

— Perdone usted; pero...

—Repito que calle usted. — solo — replicó Eloisa con enojo —

Y después de una breve pausa, añadió:

—¿Qué hace usted ahí? — en pregunta de intención... — No es esa mi intención... —

El criado respondió con voz trémula:

—Aguardo las órdenes de usted. — Después de dar un abrazo a su padre... —

—¿Está mi papá en el despacho? — Papá ¿no soy joven? —

—Lo ignoro, señorita. — Y muy hermosa... —

—¡Qué torpeza de criados! ¡Nunca saben ustedes nada! — ¡No soy... —

—Voy á verlo. — Gracias a mis alicances... —

El criado se marchaba precipitadamente, y fué detenido por la voz de

Eloisa, que le dijo:

—¿Y qué recado le vá usted á dar, imbécil? — Yo sé... —

—Solo voy á ver si está en su despacho el amo. — También me ha... —

—Dígale usted que venga. — se considerarían dichosos con que yo les... —

—¿Y si no está? — ¿Y si no está... —

—Pronto, pronto — dijo Eloisa pateando el suelo. — En el despacho esta-

rará, supuesto que no ha salido de casa. — ¿Por qué no... —

—¡Qué afrenta! ¡Qué insulto! — exclamó Eloisa cuando estuvo sola. —

¿Cuál ha podido ser la causa de semejante escándalo? — No le entiendo... —

Y otra vez quedó sumida en tristes reflexiones, hasta que vino á dis-

traerla de ellas la presencia de su padre. — Y Eloisa le entregó la carta... —

—Aquí estoy, prenda mia — dijo Mendilueta. — ¿Qué quieres de tu

padre? — Eso es lo de menos. —

—¿Qué sé yo? — respondió con desagrado Eloisa. — ¿Y por qué... —

—¿Me haces llamar y no sabes lo que me quieres? — No me venga... —

—Estoy abochornada. — El pardo que le dio la firma... —

—¿De qué, hija mia? — ¡Del barón de la Rosa!... ¡De tu novio!... —

—¡Todos se burlan de mí! — ¡Sí, todos... —

—¿Pues qué ocurre? — Venamos lo que dice... —

—La mayor infamia del mundo. — Y empezó la lectura de este modo... —

—Me haces estremecer. — Muy señor mio y respetable amigo... —

—Si me dejase llevar de mi cólera... — ¡Pues siempre muy bien... —

—Tienes cara de mal humor esta mañana. — Su hija de usted... —

—No es para menos el lance. — Venamos, vamos, que no hay motivo... —

—¿Qué lance es ese? Alguna simpleza tuya. — ¿Prosigá usted... —

—Eso es—replicó Eloisa con enojo—solo falta que tambien usted me insulte.

—No es esa mi intencion... y en prueba de ello... dáme un abrazo, mal génio.

Después de dar un abrazo á su padre, dice Eloisa:

—Papá ¿no soy jóven?

—Y muy hermosa.

—¿No soy rica?

—Gracias á mis afanes... á mis continuos desvelos... eres extraordinariamente rica.

—Ya lo sé, porque usted me lo repite á cada instante.

—Y te repito la verdad.

—Tambien me ha repetido usted con frecuencia, que muchos hombres se considerarían dichosos con que yo les amara.

—Ya se vé que sí... jóven, bonita, millonaria...

—¿Sigue siendo la misma su opinion de usted?

—¿Por qué no?

—¡Queda usted lucido!

—No te entiendo, hija mia.

—Lea usted.

Y Eloisa le entregó la carta que tenia en la mano.

—¡Viene con sobre á mí!—dijo el banquero.

—Eso es lo de menos.

—¿Y por qué la has abierto?

—No me venga usted con reprensiones... Lea usted pronto.

El banquero leyendo la firma, dice:

—¡Del baron de la Rosa!... ¡De tu novio!...

—Sí, si...

—Veamos lo que dice...

Y empezó la lectura de este modo:

«Muy señor mio y respetable amigo...»

—Pues empieza muy bien—esclamó el banquero, y prosiguió leyendo:

«Su hija de usted es verdaderamente encantadora...»

—Vamos, vamos, que no hay motivo para que te quejes.

—Prosiga usted—dijo Eloisa.

Mendilueta continuó su lectura: —

«... encantadora; es tambien rica, y me había lisonjeado que las demás prendas que adornan á tan hermosa jóven, corresponderian á las citadas, porque así me lo ha hecho usted concebir en cuantas conferencias formales he tenido con usted sobre este particular. He sabido por otro lado que el amor paternal ha cegado á usted en sus esplicaciones, y sin que sea mi ánimo ofender á su hija de usted, sé positivamente que no se casa por amor á mi persona, sino por deseos de ser baronesa. He resuelto en consecuencia no casarme hasta que se me presente mas propicia ocasion. Sirvase usted manifestarlo así á la amable hija de usted, asegurándoles á entrambos que tienen en mí un verdadero amigo.

Si no quiere usted molestarle en darme contestacion, me bastará su silencio para saber que aprueba mi resolucion. Eloisa la aprobará tambien, pues con los encantos que posee, le será facil hallar otro hombre mas digno de su mano que este su atento seguro servidor etc.

EL BARON DE LA ROSA.»

Es inútil decir á nuestros lectores, porque ya lo habrán adivinado, que la precedente carta fué interrumpida varias veces por las exclamaciones de asombro y de ira que sucesivamente hacian la jóven Eloisa y su digno papá.

—Nunca hubiera creido semejante conducta en el baron—esclamó el banquero.

—Todos los hombres son lo mismo... falsos... engañosos...

—¡Negarse á ser tu esposo!

—Y bien clara y terminantemente lo dice.

—¿Pues qué mas pudiera apetecer?

—¡Todos me desdeñan!... ¡desprecian á la hija de usted!...—esclamó Eloisa con acerba espresion.

—Todos no, hija mia..... El mismo baron confiesa que encontrarás otro mas digno de tí... y así será, hija mia, así será.

—Esta es la tercera vez que me hacen el mismo insulto.

Y Eloisa prorumpió en amargo lloro.

—Por Dios, hija mia—dijo enternecido Mendilueta—no te desazones así.

—Tres veces he estado á punto de casarme y otras tantas se ha descomuesto mi matrimonio.

- ¿Y por eso has de llorar y desesperarte? ¿Amabas al baron?
- No señor... y ahora le odio aun mas.
- Él habrá conocido eso...
- ¡Es muy extraño lo que me sucede!... —y diciendo esto, la orgullosa jóven se descomponia los rizos tirando de ellos, y pateaba el suelo de rabia.
- Modérate, hija mia.
- Déjeme usted en paz —gritó Eloisa.
- Pero...
- Si usted no fuese millonario, lo comprenderia.
- ¿Y qué remedio? Toda vez que no amabas al baron, no sé por qué te apuras.
- Si anduviese en lenguas mi reputacion, tampoco me sorprenderia lo que me sucede: pero no habiendo nada de esto, confieso á usted, papá, que me es de todo punto imposible esplicarme la singular fatalidad que me acosa.
- Yo trataré de averiguar la causa de eso.
- No... no se moleste usted... —repuso Eloisa meditabunda.
- Sí, quiero averiguar...
- Está de mas... ya yo lo adivino —dijo con ironía Eloisa.
- ¿Qué es lo que adivinas? —preguntó el banquero con inquietud.
- Todo.
- ¡Todo! —esclamó temblando Mendilueta.
- Para ciertas personas sobrado susceptibles —añadió Eloisa marcando con misteriosa gravedad sus palabras — no basta la fortuna.
- ¿Qué dices!
- Yo no... el baron es quien lo dice en su carta.
- ¿Estás loca?
- No es suficiente la buena reputacion de la hija...
- ¿Qué quieres decir?
- Cuando esta, tiene un padre...
- ¿Eloisa!
- Creen necesaria la buena reputacion del padre.
- Y te atreves... —gritó Mendilueta con enojo.
- Eloisa se aproximó á su padre, y mirándole fijamente le preguntó con amarga ansiedad:
- Padre mio ¿de qué medios se ha valido usted para hacer su fortuna?

— ¡Yo!... — exclamó turbado Mendilueta.

— ¿Qué es eso que se llama la banca?

— ¡Silencio!

— ¿Que es eso que se llama la usura?

— ¡Cállate infeliz!

Y el banquero temblaba de espanto.

— Lo comprendo todo..... si dan todos mis amantes en ser honrados, me moriré soltera.

— ¡Eloisa! ¡Eloisa!

— ¿Y quién tendrá la culpa?

— ¡Hija ingrata! ¿así olvidas que todo lo he hecho por tí, para verte dichosa? ¡Te amo tanto!...

Eloisa respondió con dureza:

— Debía usted amarme de otro modo.

— Quería proporcionarte todo género de goces.

— Y no ha conseguido usted mas que hacerme desgraciada.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! — exclamó Mendilueta dejándose caer sobre el sofá — por grandes que hayan sido mis faltas, mi castigo es demasiado terrible.

— ¡El chasco ha sido gracioso! — exclamó Eloisa soltando fingidas carcajadas.

— ¡Vituperado por mi propia hija!...

— Yo que he mandado venir á una bordadora para que me bordase en los pañuelos la corona de baronesa... ¡Voy á quedar lucida!

De improviso se presenta un criado y dice:

— ¡El señor conde de Campofrio!

— ¡Ah! — exclama Eloisa como si una idea feliz le ocurriese.

— Estoy ocupado.... no puedo recibir á nadie — dijo el banquero.

— Qué pase adelante — exclamó Eloisa.

Y viendo que el criado vacilaba, añadió Mendilueta:

— Dile que entre, torpe. ¿No te lo ha mandado la señorita?

El criado desapareció.

CAPITULO XVI.

LA TENTATIVA.

El primero á quien vió el conde de Campofrio al presentarse en la sala donde habia ocurrido la precedente escena, fué el banquero Mendilueta á quien saludó inclinándose cortesmente; pero luego reparó en Eloisa, y presentándola dos monedas de oro, le dijo:

—A los piés de usted, señorita.

—Beso á usted la mano, conde; pero ¿qué es eso?—preguntó Eloisa al ver las monedas.

—Esto es entregar á usted lo suyo para que se digne borrarne del libro de los deudores, é inscribirme en el de los reconocidos.

—¿Qué deuda es esa?—preguntó Mendilueta á su hija.

—Ninguna—respondió Eloisa á su padre de una manera adusta, y mirando luego á don Luis con semblante risueño, le dijo:—Mucho se ha apresurado usted.

—Era mi deber...

—No ha querido usted ser mi deudor mas que dos dias.

Don Luis exclamó aparte:

—Dios sabe cuántos años lo hubiera sido á no encontrarme con un anti-

guo compañero que ha tenido la humorada de pagarme una pequeña deuda.

— Y en alta voz añadió: — Dos motivos tiene mi visita.

— ¿Se pueden saber?

— El primero cancelar nuestra cuentecita y dar á usted gracias por su fineza.

— Ese no era apremiante, aunque yo me alegro de la puntualidad de usted, por el gusto de verle en mi casa.

— Mil gracias.

— ¿Y el segundo motivo?

— Tener una breve conferencia con su papá de usted.

— Está bien, les dejaré á ustedes solos.

— ¡Oh! de ningun modo.

— Hablarán ustedes de negocios....

— Lo que tengo que decir á este caballero es un secreto....

— Una razon de mas para que me retire.

— Es un secreto que se sabe ya en toda la provincia de Sevilla, y que debe sospecharse en Madrid.

— Explíquese usted si gusta — dijo Mendilueta.

— La esplicacion se reduce á dos palabras.

— ¿Si vendrá á pedirle mi mano? — pensó Eloisa.

— Estoy arruinado — exclamó sonriéndose el conde.

— ¡Arruinado! — repitieron con asombro el banquero y su hija.

— Completamente arruinado — añadió el conde con acento jovial.

— Sin duda se chancea usted — dijo Eloisa.

— Hablo con toda formalidad — respondió el conde.

— ¿Y cómo ha sido eso? — preguntó Mendilueta.

— Mi padre — prosiguió el conde — bellissimo sugeto por lo demás y aunque me está mal el decirlo, dejó gravadas sus propiedades, que valen al redor de tres millones de reales, en mas de la mitad de esta suma.

— ¡Cáspita! — exclamó el banquero.

— Y si dentro de quince dias, término del último plazo que se me ha concedido, no logro levantar la hipoteca, tendré que malvender mi antigua casa solariega, mis olivares, mis cortijos y cuanto poseo.

— Es verdaderamente una lástima.

— Y es el caso que con el producto de todo ello, forzado á verificar las

:

ventas á cualquier precio, apenas tendré para pagar las deudas y las costas judiciales.

—Eso es verdad.

—Harto lo sé.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Si me fuese posible encontrar capitales para hacer esos pagos...

—Dificilillo lo veo—repuso Mendilueta metiendo los pulgares en las sisas del chaleco y agitando los demás dedos.

—Sería el único medio de que pudiese enagenar mis bienes con desahogo y alcanzar mejores condiciones.

—No cabe duda...

Y esto diciendo, sacó Mendilueta una cajita de oro y ofreció un polvo de rapé al conde.

—Gracias—dijo don Luis—no le uso.

Mendilueta sorbió su toma, se sacudió el chaleco con la mano derecha, guardó su caja, y siguió prestando atención al conde.

Este continuó así:

—De este modo lo cubriría todo con las dos terceras partes de mi caudal, y salvaría una tercera parte para vivir tranquilo.

Eloisa se sienta en un sofá, y permanece meditando.

Mendilueta coge su pañuelo con entrambas manos, y aplicándole á la nariz entre las palmas, sonóse estrepitosamente con ridícula prosopopea, y escuchándose á sí mismo, pronunció las siguientes palabras:

—Muy bien... todo eso está perfectamente calculado.

—¿Lo cree usted así?—preguntó don Luis alentado por un destello de esperanza.

—Y estoy seguro de que con la mayor facilidad encontrará usted el dinero que necesita.

—Antes no era usted de esa opinión.

—Porque no se había usted explicado; pero después de haberle oído, ¡de qué buena gana me encargaría yo mismo de ese negocio!

—Sería para mí la mayor satisfacción.

—¡Qué lástima! ¿Por qué no ha venido usted quince días antes?

—¡A Dios esperanzas!—pensó el conde.

—¡Hubiera tenido tanto gusto en servir á usted!

—Lo creo así —dijo irónicamente el conde.

— ¡Es usted un ingrato!

—¿Qué dice este hombre? —se dijo á sí mismo el conde.

—No le perdonaré á usted nunca el haberseme presentado en ocasion en que me es imposible complacerle.

— ¡Vaya un usurero de primer orden! — siguió diciendo para si el conde. —Capaz será de echarme un sermon y llenarme de reprensiones después de no prestarme el dinero.

—Crea usted que lo siento en el alma—añadió el banquero.

—Yo tambien siento mucho, señor de Mendilueta —alegó con significativa intencion el conde — haber cometido la torpeza de no adivinar el instante oportuno. Suplico á usted encarecidamente que me perdone....

— ¡Oh!... no hay de qué, amigo mio, tal vez en otra cosa será mas afortunado.

—Tal vez.... y dispéñseme tambien el no haberle podido proporcionar á tiempo el placer de servirme, y le doy infinitas gracias por sus bondadosos deseos.

—Esté usted en la inteligencia de que si en otra cualquiera ocasion...

—Estoy penetrado de su generosidad... Nada tiene usted que decirme.— Y en ademan de marcharse, dijo con seriedad: —Beso á usted su mano.

— ¿Se vá usted ya, Luisito? —preguntó con dulzura Eloisa.

—Señorita, he verificado ya las dos gestiones que me han traído á esta casa. A los piés de usted.—Y al abandonar aquella sala, hizo el conde la reflexion siguiente: —No me he llevado chasco... recelaba esta nueva humillacion... La tentativa era indispensable... Ha tenido mal resultado... ¡Paciencia!

CAPITULO XVII.

LA CONVULSION.

- ¡Qué mosca lleva! — dijo Mendilueta en tono de mofa.
- No se ha portado usted bien en esta ocasion — repuso Eloisa.
- ¿Por qué?
- Porque nada arriesgaba usted en complacerle.
- Eso es lo que tú no sabes.
- ¡Qué poco amante es usted de hacer un beneficio?
- Los beneficios, hija mia, no producen mas que ingratos. Hasta mi propia hija me ha dado hoy una dolorosa prueba de esta verdad.
- Tiene usted mal corazon.
- ¡Que tú digas eso!
- Estoy en el caso de conocerlo mejor que nadie.
- Si yo tuviera mal corazon..... si no me hubiera desvelado tanto con el objeto de hacerte feliz, no me perderias el respeto.
- Sin perderle el respeto, creo que me es lícito desaprobar la conducta de usted.
- Mi conducta no ha tenido nunca mas norte que tu bienestar.
- Se ha equivocado usted en los medios.
- Tal vez, y por eso me castiga la Providencia, haciéndome oír reconven-
ciones que de tí menos que de nadie debia esperar.

—¿Qué motivos tiene usted para no complacer al conde?

—¿Y qué obligacion tengo yo de socorrerle?

—La de ejercer una buena accion.

—Yo no soy noble.

—Harto lo sé—esclamó Eloisa exhalando un suspiro.

—Que se dirija á sus iguales. Así son todos ellos; muy engreidos con sus blasones, nos abruman con sus desprecios, y vienen á mendigarnos el oro cuando la miseria les acosa. Tú sabes mejor que nadie que no exagero al juzgarles de este modo..... tú, que como acabas de decirme has sido tres veces el blanco de su bafa; y me sorprende mucho que los apadrines.

—Yo apadrino únicamente al que puede proporcionarme los medios de una completa venganza.

—No te comprendo.

Levantóse Eloisa del sofá, tomó una de las plumas de un tintero que habia sobre una mesa, y aproximándose á su padre, le dijo con marcada amabilidad:

—¿Papá?

—¿Qué quieres?—preguntó á su vez Mendilueta.

—Un favor que nada le costará á usted.

—Me tienes escarmentado.

—¿Se niega usted á complacerme?

—Me pagas con ingratitudes.

—¡Y luego dice usted que me ama! No..... ya no me ama usted.

Y Eloisa hizo ademan de enjugarse una lágrima.

—¿Qué es eso?—preguntó inquieto Mendilueta.

—Nada—respondió en tono misterioso Eloisa.

—Tú lloras—dijo Mendilueta alarmado.

—No importa.

—¿Cómo que no importa?

—Por supuesto que no le importa á usted nada que yo lllore..... Cuando se aborrece á una hija.....

Y Eloisa prorumpió en fingido llanto.

—¡Yo aborrecerte!

—Sí señor—añadió entre sollozos la taimada jóven— me aborrece usted porque vé que todos me desprecian.

—¿Qué dices!

—Esperaba usted hacer una especulación con mi belleza!

—¡Eloisa!—gritó enojado el banquero.

—Y al ver que todos mis casamientos se frustran....

—¿Tratas de irritarme?

—Ha cambiado usted en ódio el amor que antes me profesaba.

—Sin duda has perdido el juicio!

—¿Y para esto me ha dado usted el ser?

—Pero....

—¡Padre cruel!

—Considera....

—¡Padre inhumano!.... Pronto quedará usted contento.

—¿Te has vuelto loca?

—Yo haré en breve á la tumba, y se verá usted libre de un estorbo...

—¡Tú morirte!—esclamó enternecido Mendilueta.—¡No lo permita Dios!

¿Qué sería de este pobre viejo sin su querida hija, sin el ídolo de su corazón? Hija mia ¿qué tienes?

—No sé, papá....—respondió Eloisa en voz amortiguada—falta la luz á mis ojos... mis piés flaquean... sosténgame usted, papá...

—¡Hija de mi corazón!—esclamó Mendilueta recibiendo en sus brazos á Eloisa, que empezó á hacer movimientos convulsivos.

—Si to.... dos me aborrecen....

Y al balbucear estas palabras vertiendo espumarajos por la boca, los sacudimientos de Eloisa adquirieron una violencia horrible. Uno de ellos hizo saltar la peluca de su padre.

—Por Dios, hija mia—dijo trémulo Mendilueta—recobra tu serenidad. Yo no te aborrezco.... te quiero mas que nunca.... y estoy dispuesto como siempre á hacer cuanto quieras... Hija de mi vida... yo no tengo mas gusto que el tuyo.

—¿De veras?—preguntó Eloisa serenándose.

—De veras, ángel mio.

—Pues tome usted esta pluma—añadió sonriéndose la mal educada señorita.

Es de advertir que durante el accidente, la pluma permaneció entre los dedos de Eloisa.

—¿Para qué?— preguntó Mendilueta apoderándose de la pluma.

—Para escribir al señor de Campofrío.

—¡Al conde!

—Si señor; pero cúbrase usted antes esa cabeza.....

—¿Qué cabeza?— preguntó como atontado el banquero.

—¡Estarse sin peluca con el frío que hace!

—No me acordaba... milagro será que tu rabieta no me cueste un constipado.

Mendilueta recogió su peluca y se aproximó á un espejo para ponérsela.

—¿Qué hablaba usted de rabieta?— preguntó la jóven con altanería.

—¿He hablado yo de rabieta?

—Si señor, y no me gusta á mí que.....

—Me referiría sin duda á la rabieta que tendrá el baron de la Rosa cuando sepa que amas al conde.

—¿Y quién le ha dicho á usted que amo al conde?

—Nadie; pero yo adivino todo lo que pasa en tu corazonzuelo.

—Si todo lo adivina usted de este modo.....

—¡Qué! ¿no amas al conde?

—No señor.

—¿De veras?

—No señor, no le amo.

—¿Pues por qué quieres que le escriba?

—Porque quiero ser condesa.

—¡Ah! ya lo entiendo, lo mismo que con el otro, sino que en vez de baronesa prefieres ser condesa.

—Siéntese usted aquí, y escriba.

Mendilueta se sentó junto á la mesa donde estaba el tintero.

—¿Vas á dictar?

—Si señor.

—¡Y dirán que no tiene talento!— pensó con orgullo de padre el banquero.

Eloisa dijo dictando:

—Señor conde.

—Conde...—dijo Mendilueta después de escribir.

—He sido un solemne mentecato.....

- ¿Y á quién se refiere eso de mentecato? —
 —Al que firme la carta.
 —¿Y no la he de firmar yo?
 —Sí señor.
 —¿Y quieres que yo mismo me llame mentecato?
 —¿Por qué no?
 —Bah! bah! yo no paso por eso.
 —Qué aprension!
 —¿Insultarme yo á mí mismo! Confesarme mentecato.... que es aun mas que tonto... repito que no paso por eso... aunque te den mil pataletas.
 —No se enoje usted..... ponga usted botarate.
 —Botarate..... vamos, esto ya no es tan degradante..... ya está: solemne botarate.
 —Dejándole salir de mi casa.
 —Casa.....
 —Sin allanarme á sus deseos.
 —Deseos.
 —A pesar de lo que he dicho á usted esta mañana.....
 —Mañana.....
 —Me sobran los millones.....
 —Millones.....
 —Y los pongo todos á la disposicion de usted.
 —Tampoco paso por eso.
 —¡Válgame Dios! qué poco condescendiente es usted.
 —¿Sabes tú lo que es poner á la disposicion de los demás todo lo que uno posee?
 —Eso se dice.
 —Pero no se firma... repito que no paso por eso
 —Pues escriba usted: y pongo á la disposicion de usted los que necesite para el arreglo de sus negocios.
 —¿Y qué me importa á mí que el señor conde tenga desarreglados sus negocios? Pero si te empeñas... allá vá: negocios...
 —Todo sin el menor interés.
 —No paso por eso.
 —¿Por qué?

- Porque es una tontería.
- ¡Ande usted!
- ¿Te burlas? ¡Prestar yo sin réditos! No paso por eso.
- Por no darme gusto. Ya empiezo á resentirme de los nervios.
- ¡Qué capricho de criatura!
- Vamos, escriba usted.
- ¿Cómo has dicho?
- Todo sin el menor interés.
- Vaya en gracia: interés.
- Porque así es mi voluntad.
- Voluntad....
- Y la de mi querida hija.
- Querida hija....
- A cuyos ruegos....
- Ruegos....
- Escribo á usted la presente.
- ...sente....
- Para que se digne usted hoy mismo....
- Mismo....
- Honrar por segunda vez esta su casa.
- Casa.
- ¡Muy bien! — exclamó Eloisa.
- ¡Ambiciosilla!
- Ya se vé que sí... quiero tener un noble por marido... Usted no ha bido encontrármelo; preciso será que yo me le busque.
- ¡Pícaruela! ¿Qué mas?
- Los cumplimientos de estilo, y la firma usted.
- Mendilucta terminó la carta y dijo:
- Ya está.
- A ver, léala usted toda.
- Mendilucta leyó:
- « Señor conde: he sido un solemne botarate dejándole salir de mi casa sin allanarme á sus deseos. A pesar de lo que he dicho á usted esta mañana, me sobran los millones, y pongo á la disposicion de usted los que necesite para el arreglo de sus negocios, todo sin el menor interés; porque así es mi

voluntad y la de mi querida hija, á cuyos ruegos escribo á usted la presente para que se digne usted hoy mismo honrar por segunda vez esta su casa.

Aguardándole con impaciencia, queda de usted atento y seguro servidor, etc., y sigue mi firma.»

—¡Bravísimo!— exclamó Eloisa.—Ahora la cierra usted, y se le manda al momento.

Eloisa tira del cordon de la campanilla, y no tarda en presentarse un criado, á quien Mendilueta entrega la carta diciéndole:

—Hay que llevar esta carta ahora mismo á quien dice el sobre.»

—Muy bien—dice el criado—y al retirarse tropieza con Trifon y exclama:

—Ya he dicho á usted que el señor no está visible.

Trifon aparta el criado á un lado, y replica:

—Te has equivocado, porque le estoy viendo.

A un signo de Mendilueta se vá el criado.

—¡Trifon aquí!—añade el banquero con zozobra.

—Dispéñeme usted—dice Trifon con burlona sonrisa—el no haber venido antes á verle: ignoraba las señas de su habitación; pero quien busca encuentra al fin, y aquí me tiene usted para lo que guste mandarme.

—¿Quién es este hombre, papá?—preguntó Eloisa con mal gesto.

—Esta señorita tan hermosa no se acuerda ya de que la he tenido muchas veces sobre mis rodillas..... ¡Hace tantos años!..... ¡quince ó diez y seis!.... ¿no es verdad, señor de Mendilueta? Estos muchachos nos van haciendo viejos..... Ellos suben y nosotros bajamos.... ¡Esta es la vida!—

Eloisa saca su bolsillo, y dice con mal tono:

—¿Qué viene usted á buscar aquí? ¿Alguna limosna?

Trifon dice para sí:

—¡Tan orgullosa como cuando era niña!—y en alta voz añade:—Despacio, señorita, no vengo á pedir limosna, sino á hacer á su papá de usted un servicio importante. Hay ciertos incidentes... en los negocios... que á veces se olvidan... y —dirigiéndose á Mendilueta—yo vengo á refrescarle á usted la memoria.

—Mas tarde hablaremos—repuso el banquero lleno de temor y de confusión.

—Como usted guste—dijo Trifon.

—Ya puede usted hablar ahora—alegó Eloisa.—Conozco todos los negocios de mi padre.

—Se me antoja—replicó Trifon riéndose con malicia—que ha de haber alguno que usted ignore.

En este momento se presenta un criado diciendo:

—Pase usted adelante.

—¿Quién es?—preguntó Eloisa.

El criado respondió:

—La bordadora que ha mandado usted venir.

Era la sensible Adela, que al reconocer á Eloisa no pudo menos de esclamar así:

—¡Yo en casa de esta jóven! ¡Dáme valor, Dios mio! Es preciso vivir.

El criado se ausenta.

—¿Dónde he visto yo á esta jóven?—pensó Eloisa mirando con atención á la pobre Adela.

—¡La hija de Ibarrola en esta casa!—esclamó para sí Trifon.

—¿Borda usted bien?—preguntó Eloisa á Adela.

—La necesidad es una gran maestra, señorita—respondió Adela con rubor.

Trifon conmovido hace la reflexion siguiente:

—¡Oh justicia de los hombres! ¡Tiembla ante la de Dios, Mendiluetta!

—Si tiene usted habilidad—continuó Eloisa dirigiéndose á Adela—no dejaré de proporcionarle trabajo.

—Gracias, señorita—repuso con rubor Adela.

—¿Sabe usted lo que vá á hacer?—le preguntó Eloisa.

—Segun el recado que he recibido, he de bordar en algunos pañuelos una corona de baronesa.

—No de baronesa, de condesa. Venga usted conmigo.

Eloisa y Adela desaparecen.

CAPITULO XVIII.

LA RECLAMACION.

—¡Pobre niña!— reflexionaba Trifon.—¡Socorriendo todos los días de fiesta á los pobres! ¡Y la infeliz vive de su trabajo!

—¿Qué me querrá?— pensaba Mendilueta contemplando con terror y desconfianza á su antiguo dependiente.

—¿Cómo vá, amigo mio?— preguntó Trifon con insolente franqueza.

—¡En qué estado tan miserable encuentro á usted!

—No todos los malvados hacen fortuna.

—Pero ¿cómo ha sido eso?

—Me han robado.

—¿Lo que yo le di á usted?

—No, me han robado lo que ha dejado usted de darme.

—Con lo que yo le entregué.....

—No tuve para empezar.

—Tiene usted ligera la cabeza.

—No tanto que olvide á mis deudores.

—Haber derrochado una suma...

—Insignificante para mis atenciones.

— ¡Atenciones un hombre solo! Usted me habia dicho mil veces que no habia conocido nunca á ningun pariente.

— Y sin embargo, jamás he vivido solo.

— ¿Con quién ha vivido usted?

— Con mis compañeros y compañeras inseparables.

— ¡Inseparables!

— ¿No me entiende usted?

— No por cierto.

— Los compañeros que no me abandonan jamás, son mis vicios.

— ¡Dignos compañeros de usted!

— Y mis compañeras son las pasiones.

— ¡Siempre inmoral!

— He tenido á usted por maestro.

— ¡Trifon!

— ¡Mendilueta!

— Acabemos.

— Primero es preciso que empecemos. No sé á qué vienen los aspavientos de mi antiguo principal. ¿Acaso hay en el mundo quien nazca perfecto? He cometido graves faltas como cada hijo de vecino. He jugado.... y he jugado con mala suerte... No siempre sonrie la fortuna á los tahures. He bebido, he rendido culto al amor... y en pos de todos estos goces... pido limosna en las calles por no recogerme en San Bernardino. Este es el fin que aguarda á todos los que se proporcionan placeres con riquezas mal adquiridas.

— Usted podia haber evitado tanta afrenta.

— ¿Cómo?

— Consagrándose al trabajo.

— ¡Linda ocurrencia! ¡El trabajo!

— En él he encontrado yo siempre el premio de mis afanes.

— ¡Usted!

— Ya se vé que sí.

— Tambien he pensado yo en trabajar como usted.

— Lo dudo.

— Solicité una plaza de cajero en una casa de comercio respetable, y no me admitieron.

— ¿Por qué razon?

- Porque no hallé quien prestára fianza en mi favor.
- Fué una desgracia.
- Si le hubiera encontrado á usted mas pronto... pero... ¡ si, si ! por mas que he removido cielo y tierra... ¿ En qué diablos de huronera ha estado usted oculto ?
- Jamás he estado oculto.
- ¿ Es cierto eso ?
- No tengo por qué ocultarme.
- Mas vale así... Al fin y al cabo no se ha perdido todo, y como dice el refran, mas vale tarde que nunca... puesto que tengo la dicha de encontrarle. ¿ Y cómo le ha ido á usted ? Supongo que no habrá habido novedad en su salud. ¡ Me intereso tan vivamente por ella !
- Acabemos de una vez, ¿ qué es lo que usted quiere ?
- La preguntilla tiene tres bemoles.
- No tengo tiempo para oír vaciedades.
- ¿ Con que no conoce usted á lo que vengo ?
- Ni lo sospecho siquiera.
- Vive Dios que es muy extraño.
- Déjeme usted en paz.
- Cuando nos hayamos entendido...
- Entre nosotros no puede haber nada de comun.
- Bien sabe usted que si ; pero supuesto que se empeña en desconocer la causa de mi visita, se la explicaré á usted sin rodeos.
- Alguna fábula.
- Sepa usted, pues, que no vengo á hablarle de cierta quiebra fraudulenta que usted hizo...
- ¡ Trifon !
- ¡ Mendilueta ! Y que segun he sabido posteriormente, arregló usted de una manera estupenda, habiendo obtenido al cabo su rehabilitacion.
- Se atreveria usted á suponer...
- Aquí no hay suposicion ninguna... son hechos históricos. ¡ Especulacion maestra ! Quebró usted por el valor de cinco millones ¿ no es asi ?
- Abusa usted de mi paciencia.
- Se llevó cuatro en su cartera, pagó con uno á sus acreedores, y hoy se encuentra usted millonario, bien quisto en Madrid como si fuera un hom-

bre de bien, en vez de haber hecho un viajecito de recreo á nuestros presidios de África.

—Es usted un calumniador — gritó colérico Mendilueta. — Salga usted de mi casa.

— ¡Qué buen humor tiene usted! ¡ Siempre con chanzonetas!

— Me está usted insultando...

— ¡Yo! Dios me libre de...

— ¿Olvida usted que puedo perderle?

— ¿Quién á quién? — preguntó riéndose Trifon — pero confieso que he hecho muy mal en insultar á usted... Si hubiera habido testigos, hubiera usted podido demandarme de calumnia ante los tribunales.

— Y no he de parar hasta verle con la cadena.

— Eso se guarda para los que viven del hurto.

— ¡Trifon! — exclamó con furor el banquero.

— ¡Mendilueta! — gritó á su vez con altanería el mendigo.

— No sé como no le...

— Cachaza, amigo mio, y hablemos en razon. ¿Está usted dispuesto á oirme?

— ¿Nuevas mentiras?

— Propositiones amistosas.

— ¿Qué interés tengo yo en oír á un miserable?

— No me provoque usted. Tenga usted calma.... Nos conocemos de muy antiguo... y... bien sabe usted que tiene interés en oirme.

— ¡Yo!...

— A usted le interesan sus negocios... como á mí los míos. ¿Me escucha usted?

— Escucho.

— Gracias á Dios. No necesito referir á usted lo que sabe perfectamente.

— Despache usted.

— Hace dieciseis años, si no me equivoco, murió un hombre en su casa de usted, y usted le robó...

— ¡Infame!

— Quiero decir, le tomó cuarenta y cinco mil duros, que no figuraron en la quiebra...

— Y usted...

— ¡Silencio! — gritó con energía Trifon. — Vengo á reclamar mi parte. Mendilueta, sonriéndose con mal fingida serenidad, contestó: — Siento mucho, señor don Trifon, que la memoria le sea á usted tan infiel.

— ¿Cómo así?

— En mi casa de Barcelona no ha muerto la persona que usted dice, ni menos ha depositado en mi poder cantidad alguna.

— Mire usted que lo sé bien, y que puedo probar.

— ¡Usted! — exclamó el banquero con espanto.

— Como que tengo en mi poder un documento justificativo.

— Imposible.

— El recibo que firmó el interesado.

— ¿Qué?

— Le guardo yo..... Me quedé con él porque se me figuró que de nada le serviría al difunto.

Mendilueta hizo un movimiento de terror; pero se repuso inmediatamente y dijo con fria indiferencia:

— En hora buena..... suponiendo que fuese eso verdad, el tal recibo no tendria valor ninguno en manos de usted.

— ¿Lo cree usted así?

— Estoy seguro de ello.

— ¿Y no puedo yo valerme de un tercero?

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... Entiende usted poco de semejantes asuntos.

— Siempre he sido yo muy cándido.

— Los únicos que podrian tener derecho á cobrar el importe de ese recibo, son los herederos.

— ¡Oigan!

— Y esos herederos no existen.

— ¿Y si le digo á usted que existen?

Mendilueta manifiesta su incredulidad con una carcajada, y después pregunta en tono de mofa:

— ¿Cómo se llaman?

— Se llaman... se llaman...

— Vamos á ver.

— Tenga usted paciencia, que yo lo diré.

— Invente usted un apellido cualquiera.

— Se llaman como su padre...

— ¡Ha quedado usted lucido! — exclamó con aire de triunfo el banquero.

— Si señor, lo mismo que su padre.

— ¿Me acuerdo yo acaso de su nombre ni le he sabido nunca?

— Es verdad; pero le sé yo, porque mientras usted contaba los billetes del difunto yo estendía el recibo. ¡A Dios, Mendilueta!

— ¿Se vá usted, Trifon?

— He de hacer una visita.

— ¿A quién?

— Al hijo del hombre de Barcelona.

En este momento dijo un criado:

— El señor don Andrés de Ibarrola.

— ¡A buen tiempo llega! — pensó Trifon.

No tardó en presentarse el jóven Andrés.

CAPITULO XIX.

EL RETRATO.

—Caballero—dijo Andrés en tono humilde y con el sombrero en la mano.

—¿Qué se ofrece?—preguntó bruscamente Mendilueta.

—Desearia pedir á usted un favor.

—¿Me trae usted la consabida cantidad?

—¡Ojalá me fuera posible!

—Entonces es excusada la visita.

—Espero...

—Nada, nada... no hay que esperar de mí la menor consideracion; he tenido ya demasiadas con ustedes, particularmente por respeto á su madre, y han abusado ustedes de mi bondad.

—No ha sido culpa nuestra si...

—Todos los mal pagadores dicen lo mismo.

—Mi visita, caballero, no tiene el objeto que usted se figura.

—¿No viene usted á pedirme un nuevo plazo?

—No señor, tanto mi madre como yo estamos convencidos de que no le obtendríamos.

—Eso es que conocen ustedes que con sus exigencias deben haber apurado mi sufrimiento.

—Conocemos que es usted inexorable.

—¿Viene usted á reprenderme?

—De ningún modo; está usted en su derecho, y pide lo que es suyo.

—Me alegro de que así lo conozcan ustedes.

—El favor que vengo á pedir, ninguna relacion tiene con la deuda.

—Espíquese usted; pero con brevedad... no estoy para perder miserablemente el tiempo.

Trifon, que disimuladamente se habia aproximado á Andrés, le dijo por lo bajo:

—Lo mismo que me decia usted á mí el otro dia.

—¡Este hombre aquí!—pensó Andrés con sorpresa.

—Hable usted pronto—dijo con malos modos Mendiluetá.

Andrés prosiguió en tono humilde:

—Caballero, usted ha hecho embargar nuestros muebles.

—Usted lo ha dicho, estaba en mi derecho.

—No se lo disputo á usted.

Al oír esto, Trifon hizo la reflexion siguiente:

—¡Bien arreglado anda el mundo, vive Dios! Aquel, el ladrón, es el acreedor que amenaza; este, el robado, es el deudor que suplica.

—Entre los objetos embargados está el retrato de mi padre—alegó Andrés.

—¿Qué quiere usted que le diga?—repuso el banquero.

—Vengo á rogar á usted que tenga la bondad de dejarnos ese lienzo.

—El lienzo...

—Carece absolutamente de valor para usted y es de un precio inestimable para nosotros.

—¿Tiene marco?

—Sí señor, un marco viejo de madera.

—Quiero ser generoso y probarle que no soy tan inexorable como todo eso; puede usted llevarse el retrato con marco y todo.

—Gracias, señor, gracias por mí, por mi madre y por mi hermana.

—No hay de qué.

— ¡Oh! es el mejor regalo que podía usted hacernos.

Trifon dió una palmada en el hombro de Andrés, y dijo en tono de protección:

— ¡Bien, honrado jóven, muy bien!

— ¿Qué significa eso? — preguntó Mendilueta por lo bajo á Trifon.

El pordiosero contestó:

— He sido siempre un malvado, ya lo sé: pero me gustan los hombres honrados, y este jóven tiene trazas de serlo como su padre.

— ¿Conoce usted á su padre?

— Le conocí hace dieciseis años.

— ¡Hace dieciseis años!

— El retrato es muy bueno — dijo Trifon á Andrés en alta voz. — Le ví el otro día... ¿se acuerda usted, señorito?

— Me parece que estuvo usted en casa — respondió Andrés.

Mendilueta escuchaba este diálogo con impaciente ansiedad.

— Fué mi primera visita — dijo Trifon.

— ¿Qué hombre será este? — pensó Andrés.

— Y aunque usted no me ofreció su casa... tal vez porque llevó remiendos en las rodillas, espero ser recibido en mis visitas ulteriores.

— ¿Por qué no? — dijo turbado Andrés.

— Ya vé usted que á pesar de mis andrajos — continuó Trifon — no soy una persona despreciable. El señor de Mendilueta hace años que me honra con su amistad.

Mendilueta hubiera querido desmentirle; pero no atreviéndose, mordiósese los labios de rabia.

— Volviendo al retrato — prosiguió Trifon — es una obra maestra.

— Dicen que se parece mucho á mi padre — exclamó Andrés enternecido.

— Muchísimo, y también á usted.

— Eso me llena de orgullo.

— Bien puede usted tenerle. ¡Qué rostro tan noble el de su padre, de usted! Fisonomía franca como la de usted... La mirada firme y leal de los marinos.

Mendilueta hizo un movimiento de espanto, y exclamó para sí:

— ¿Sería posible? Tal vez se me tienda un lazo... Disimulemos.

— He dicho que tenía la mirada firme y leal de los marinos, porque á

juzgar por el traje, su padre de usted debió ser marino.

—Sí señor, era capitán de la marina mercante.

Mendilueta se sentó en una butaca y se secó el copioso sudor que de su frente manaba.

—Parece que tiene usted calor, amigo mío,—dijo Trifón al banquero en tono misterioso.

—Tengo un poco de dolor de cabeza —alegó Mendilueta esforzándose por aparentar tranquilidad de espíritu.

—Es que el tiempo no está seguro.

—Puede ser.

—La veleta anda que sé yo como... Milagro será que no tengamos tormenta. También siento yo un dolorcillo en el espinazo.

—¿Qué es esto, amigo Trifón?—preguntó trémulo y pálido el banquero en voz baja.

—¿Lo del espinazo?—replicó Trifón haciéndose el desentendido.—Es que nos vamos haciendo viejos, y todos los viejos suelen convertirse en termómetros humanos.—Y volviendo á dirigir la palabra á Andrés, prosiguió:—¿Con que capitán de la marina mercante?

—Sí señor.

—¡Magnífica profesión! ¿No es verdad, amigo Mendilueta? Luchar con el cielo, con el agua y el viento... Esto es grandioso... esto es algo más difícil que luchar con los hombres... por lo regular tímidos y cobardes, que se llenan de terror al menor contratiempo, que no saben vencer las situaciones difíciles... ¿no es esto así, amigo Mendilueta?

—Es cierto —dijo Mendilueta, avasallado por un miedo cerval— hay situaciones difíciles; pero se sale de ellas cuando se cuenta con la buena amistad.

—¡Profesión hermosa la del marino! ¡Qué gran enemigo de batalla la tempestad! ¡Qué soberbia tumba el Océano!

—¡Mi padre no fué tan feliz!

—¿Cómo así?

—Ni aun gozó de ese triste privilegio. De regreso de la Habana murió una noche, no sé si en desafío ó villanamente asesinado.

—¿Dónde fué eso?—preguntó Mendilueta.

—En una calle desierta de Barcelona.

Y el desventurado Andrés tuvo que secar con su pañuelo las lágrimas que brotaron de sus ojos.

Mendilueta le contemplaba con terror.

—Esas facciones...—decía sobresaltado.— ¡Qué recuerdo!

Y un temblor convulsivo agitó todos sus miembros.

—¿Qué le pasa á usted?—preguntóle Trifon.

—Nada—respondió pálido como un cadáver.

—Usted se pone malo, señor de Mendilueta.

—Lo que acaba de contarnos ese jóven me ha conmovido.

—Tiene usted muy buen corazón—repuso Trifon irónicamente.

—Siento haber molestado á usted—dijo Andrés.

—¿Se vá usted ya?—preguntóle el banquero.

—Sí señor, voy á dar una alegría á mi pobre madre.

—No se vaya usted aun. Tenemos que hablar.—Y dirigiéndose á Trifon, añadió:—Tambien con usted, querido Trifon, he de tener una larga conferencia.

—Me gusta ver á usted tan amable y cariñoso—dijo Trifon.

—Me aguardará usted en el comedor.

—¡En el comedor!... Es mi pieza favorita... La prefiero á los salones de baile.

—¡Hola!—gritó Mendilueta, y apareció un criado á quien le dió la siguiente órden:—Acompaña á este caballero al comedor y obedece sus mandatos.

—Si hubiera sabido esto, amigo mio—dijo Trifon riéndose—no hubiera venido con este traje de *negligé*... sino con guante blanco, y rizado el pelo.

—Déjese usted de cumplimientos.

—Venga esa mano.

—Con mucho gusto; y en cuanto haya despachado á este caballero, estoy con usted, mi querido Trifon.

—¡Otra vez!—esclamó este riéndose del fraternal afecto que le manifestaba su antiguo principal; y al estrecharle la mano, díjole al oído:—Todo lo ha adivinado usted; ese jóven es el hijo del consabido.

—¿De veras?

—¿Qué quiere usted, preguntarle?

—Nada, obraremos de acuerdo.

— En hora buena ; pero cuidado conmigo .

— ¿ Sospecha usted de mí ?

— No hay que fiar ; pero de todos modos tengo el recibo en lugar seguro .— Y en alta voz dijo al criado con estravagante altivez :— Anda delante hasta el comedor ; allí te daré mis órdenes superiores .— Y para sí añadió :— La cosa no tiene malicia alguna . Todo va saliendo á pedir de boca y de barriga . . . Empecemos por sacar la tripa de mal año .

Trifon desapareció precedido del criado , y Mendilueta y Andrés se quedaron solos en la sala .

Su conversacion será objeto del capítulo siguiente .

EL TAZO .

— Ahí va , va , va
 — No sé
 — Si los señores
 — Nadie me escucha
 — Así que Mendilueta quedó solo con el joven Andrés
 — ¿ Amigo mío , tenga usted la bondad de tomar asiento
 — Estoy bien así .— repuso Andrés
 — Siéntese usted á mi lado
 — Gracias , caballero
 — Hagame usted el favor de tomar asiento
 — No insistiré
 Y diciendo esto , Andrés se sentó en el sofá junto á Mendilueta
 — Me ha interesado usted desde que he presenciado su buena acción
 — ¡ Mi buena acción !
 — La del tazón
 — Nada tiene de particular
 — ¿ Qué hijo no se alista de poseer el tazón de su padre ?
 — Sería usted muy joven cuando ocurrió su muerte
 — Si señor , ya yo estaba
 — ¿ Y cuánto tiempo su padre lo usó ?
 — Aunque yo era entonces muy niño , me acuerdo que mi madre me ha-

CAPITULO XX.

EL LAZO.

Así que Mendilueta quedó solo con el jóven Andrés, sentóse en un sofá y dijo con dulzura :

—Amiguito mio, tenga usted la bondad de tomar asiento.

—Estoy bien así—repuso Andrés.

—Siéntese usted á mi lado... aquí en este mismo sofá.

—Gracias, caballero.

—Hágame usted el favor de tomar asiento, ó me levanto yo.

—No insisto mas.

Y diciendo esto, Andrés se sentó en el sofá junto á Mendilueta.

Mendilueta asió la mano del jóven, y le dijo con ternura :

—Me ha interesado usted desde que he presenciado su buena accion.

—¡ Mi buena accion !

—La del retrato.

—Nada tiene de particular. ¿Qué hijo no se alegra de poseer el retrato de su padre ?

—Seria usted muy jóven cuando ocurrió su muerte.

—Sí señor, ya ve usted... ¡ se han pasado tantos años !

—¿Y murió rico su padre de usted ?

—Aunque yo era entonces muy niño, me acuerdo que mi madre me ha-

blaba algunas veces de que esperaba que mi padre nos traeria una buena fortuna cuando regresára de sus viajes.

—Eso es que ya sabia su mamá de usted lo que habia ganadó su marido.

—No señor ; pero suponía que una ausencia tan larga y los afanes é inteligencia de su marido no serian infructuosos.

—Pero ¿no tienen ustedes algun documento que acredite el estado de la fortuna de su padre de usted cuando falleció?

—Ninguno... supimos su desastrosa muerte por casualidad.

—¿Y dónde ha dicho usted que habia acontecido?

—En Barcelona.

—¡Ah! sí, en una calle... pero ¿no tenia allí amigos el difunto?

—No sé.

—Si los hubiera tenido, hubieran averiguado, no solo la causa de su muerte, sino el estado en que tenia todos sus negocios, y hubieran escrito á su mamá de usted.

—Nadie nos escribió.

—¿Está usted cierto de ello?

—He oido decir mil veces á mi madre que solo por los periódicos supo que se habia encontrado el cadáver de su esposo una noche en una calle desierta de Barcelona.

Andrés enjuga con el pañuelo algunas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—No quiero afligir á usted mas — dijo Mendilueta con aire de triunfo.

Hacia á usted algunas preguntas por si cogiamos el hilo del ovillo y descubriamos algo que pudiese mejorar la situacion de usted.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Porque ya mi madre escribió oportunamente para que se hiciesen las gestiones necesarias, y nada pudo averiguarse.

Mendilueta exhaló un suspiro de satisfaccion, y dijo :

—¿Con que nada pudieron ustedes descubrir?

—Nada absolutamente.

—Basta, basta... no quiero afligir á usted mas con tan tristes recuerdos. Me habia lisonjeado la idea de que tal vez podriamos descubrir algo que fuese á ustedes favorable...

- Repito á usted que es inútil.
- Con todo, no renuncio á mi pensamiento.
- Muchas gracias, caballero.
- Debo á ustedes una reparacion...
- ¡Oh! no por cierto...
- Confieso haber estado con usted y su pobre familia sobrado duro y tal vez hasta cruel... pero me aflige la situacion en que ustedes se encuentran. Yo soy padre, y no puedo mostrarme indiferente al infortunio de un hijo tan honrado como usted, que solo desea trabajar con el objeto de ganar la manutencion de su madre y de su hermana. ¿No es esto así?
- Sí señor.
- No me atrevo á proponer á usted una colocacion que llenaria los deseos de usted.
- ¡Llenaria mis deseos y no se atreva usted á proponérmela!
- Porque tiene una condicion muy triste.
- Mientras no fuese deshonrosa...
- ¡Oh! de ninguna manera. Ni yo seria capaz de proponerla, ni usted de aceptarla.
- Siendo así...
- La ocupacion que yo puedo proporcionarle es muy decente.
- Entonces...
- Hay un inconveniente muy grande para usted que tanto ama á su familia.
- ¿Y es?
- Que tendria usted que separarse de ella.
- Es verdad—dijo tristemente Andrés— es un obstáculo insuperable; yo no quiero abandonar nunca á mi madre ni á mi hermana.
- ¡Malo!—pensó Mendilueta, y añadió en alta voz:— Ya me figuraba eso, y es verdaderamente una lástima, porque á la verdad, era cosa que aseguraba el porvenir de usted y el de su familia.
- ¿Y es forzoso que me separe de mi madre?
- Tiene usted que abandonar la España... la Europa...
- ¿Y podré con este sacrificio asegurar la dicha de mi madre y de mi hermana?
- Positivamente.

— Estoy pronto á desempeñar la ocupacion que usted me propone, siempre que sea adecuada á mis alcances.

— Piénselo usted bien.

— Por mi madre... por mi hermana iria yo al fin del mundo.

— Se trata de un largo viaje por mar.

— Soy hijo de marino, y no hay nada que me entusiasme tanto como una larga navegacion.

— Este viaje le ausentará á usted por mucho tiempo.

— No importa.

— Tal vez para siempre.

— Todo el mundo es patria para el desgraciado con tal de que pueda vivir con honor. Mas tarde tal vez tendré medios para hacer venir á mi madre y á mi hermana.

— Bien, muy bien, me alegro de verle á usted tan resuelto. ¿No se arrepentirá usted después?

— No señor. A primera vista me parecia un sacrificio imposible...

— Uno de mis correspondales de Filipinas me ha escrito para que le busque y le mande un jóven de toda mi confianza, inteligente en materia de cuentas. Si á usted le conviene, se le asignarán por de pronto doce mil reales de sueldo...

Andrés no pudo menos de comparar esta colocacion con la de meritorio sin sueldo, y le pareció tan brillante, que le fué imposible ocultar una demostracion de alegría.

Mendilucta que le observaba de una manera inquisitorial, añadió:

— Y mas adelante se aumentarán sus honorarios hasta darle á usted participacion en los negocios.

— Acepto.

— ¿Lo ha reflexionado usted bien?

— Acepto, y solo aguardo que me fije usted el dia de la partida.

— No puede retardarse... Es necesario que salga usted mañana para Cádiz.

— Saldré mañana.

— Allí tomará usted pasage en el buque correo que sale dentro de quince dias. Y no hay que apurarse por nada; yo le haré un adelanto, puesto que se me encarga tambien que abone el viaje al que acepte la proposicion.

— ¡Viaje de salvacion para mi familia!

- Si la marcha de usted no fuese tan urgente...
- Resuelto á partir... cuanto antes, mejor.
- Hubiera concedido á usted un término prudente para que lo pensase con toda madurez.
- Nada tengo que pensar.
- Sentiría mucho que usted se sacrificara.
- No hay sacrificio alguno en salir de la miseria para entrar en una posición decorosa.
- Posición brillante, si corresponde usted á las esperanzas que he formado de su talento y de su honradez.
- Me favorece usted demasiado, caballero, y le estaré eternamente reconocido. ¿Cómo podré recompensarle?...
- Una buena acción — dijo hipócritamente el banquero — lleva consigo la recompensa en la dulce satisfacción que causa á quien la ejerce.
- Permitame usted...
- Andrés enternecido quiso besar la mano de su aparente protector; pero este la retiró exclamando:
- Vamos, vamos, no merezco tales estremos. Lo que tiene usted que hacer ahora es disponer su viaje.
- No perderé un momento.
- Y luego vuelve usted.
- ¿A qué hora?
- Cuando lo tenga usted todo arreglado.
- Está muy bien.
- Le daré algunas cartas de crédito y un adelanto, no solo para los primeros gastos, sino para que pueda usted favorecer con alguna cantidad á su señora madre de usted.
- ¡Alma generosa! — exclamó el pobre Andrés con los ojos preñados de lágrimas de alegría.
- ¡Ea!... ¡al avío! — dijo Mendilueta dando una palmada.
- Andrés se levantó y se detuvo sin hablar.
- ¿Qué aguarda usted? — le preguntó el banquero.
- Desearia besar la mano generosa que tan pródigamente me favorece.
- ¡Es fuerte empeño! — dijo Mendilueta alargando la mano con aire de protección.

Andrés la apretó entre las suyas y exclamó conmovido:

—Caballero, caballero, perdóneme usted si antes de sondear ese noble, ese bondadoso corazón, le juzgué tan equivocadamente.

—¿Quién no se equivoca á cada paso?

—¡Había formado de usted tan mal concepto!...

—Basta, basta.

—Usted me perdonará que no haya conocido antes su bondad.

—¿Quién puede vanagloriarse de conocer á los hombres?

—No olvidaré nunca que tanto yo como mi madre y mi hermana somos á usted deudores de nuestra salvación.

Andrés besa la mano de Mendilueta y desaparece.

—Esta inocente avecilla cayó en el lazo—exclamó para sí el impudente banquero.—El partirá mañana... y solo tendré que habérmelas con la madre y la hermana. Dos mujeres solas son menos temibles. En cuanto al tigre Trifon, será preciso enjaularle para que no me clave las zarpas. Manos á la obra.

Toma pluma y papel, escribe una carta, y la cierra.

—Por primera providencia haremos que no pueda ver ni á la madre ni á la hija. Mañana, después de la salida del mocito, ya tendré yo buen cuidado de proporcionarlas asilo, en cambio de su trabajo, se entiende, en algun lugar de provincia muy distante de la corte. Todo marcha á las mil maravillas.

Mendilueta tira del cordón de la campanilla, y dice á un criado que sale:

—Esta carta al momento á su destino, sin perder un solo segundo.

El criado se vá con la carta.

Mendilueta toma un polvo, y restregándose después las manos con marcada satisfacción, exclama:

—¡Ah! ¡miserable pordiosero!..... no sabes la que te espera. ¡Qué mal has hecho en salirme al encuentro y colocarte frente á frente en mi camino.

A propósito del pordiosero, veamos como se porta en el comedor, y de qué modo hace uso del mando supremo que por algunos instantes le ha conferido el dueño de la casa.

CAPITULO XXI.

EL REFRIGERIO.

Cuando Trifon precedido por el criado llegó al comedor, no pudo menos de hacer un marcado movimiento de asombro al contemplar la magnificencia que le rodeaba.

Era una pieza de forma ovalada con tal aglomeracion de cuadros al óleo, que mas parecia un museo de pinturas que una sala de ambigü; pero es de advertir que todos aquellos cuadros representaban escenas y objetos que tenían íntima afinidad con la gastronomía.

Conejos, liebres, perdices y toda especie de caza muerta por la mano del cazador, uvas, manzanas, peras, naranjas, melones y todo linage de frutas, botellas, vasos, copas, platos con pescados y otros manjares, eran cosas tan bien imitadas por los mágicos pinceles de antiguos y modernos pintores, que escitaban el apetito de cuantos las contemplaban.

Alternaban con estas pinturas otras que representaban festines báquicos y régias orgías; pero como en el centro de la sala se ostentaba una mesa con varios fiambres y vinos y licores esquisitos, que no eran pintados, Trifon apartó en breve su atónita vista de lo fingido para fijarla en la realidad.

—¡Cáspita!— exclamó paseando con avidez una mirada escudriñadora por todo lo succulento que atesoraba la opípara mesa.—Me atengo á lo positi-

vo. ¡Qué tufillo tan delicioso despide el jamon! ¡Y cuántas botellas! Todos estos vinos serán generosos...

— Si señor — dijo el criado. — Y si viera usted las que ese armario encierra...

— Y qué ¿no se pueden ver?

— La llave está en la cerradura.

— ¿Y por qué no abres?

— Aguardo las órdenes de usted, á las cuales, segun el amo me ha prevenido, he de prestar ciega obediencia. — Y diciendo esto, pensó el criado: — Este caballero será algún ricacho filósofo que lleva remiendos en las rodillas solo por capricho.

— ¿Con que has de hacer todo lo que te mande?

— Así lo ha dispuesto el amo.

— ¿Y darme lo que te pida?

— De cuanto hay en este recinto.

— ¡Oh recinto encantador! Aquí pasaria yo toda mi vida. Abre, abre de par en par ese armario.

El criado obedeció.

— ¡Qué hermosos estantes! ¡Y todos llenos de botellas! ¡No es mala librería!... Y toda compuesta de obras selectas: Jerez, Málaga, Porto, *Champagne*, Madera, Kürschenvasser, Ron, Cognac... Soy muy aficionado á la lectura de estos libros. Vamos á probar los de la mesa, y como la cabeza se me conserve firme, he de catar todo eso. El vino bueno no emborracha, y poniendo antes en el estómago una buena almohada de jamon, con alguna de estas pechuguitas de perdiz escabechada y unas cuantas rabanaditas de este salchichon, que parece legitimo de Vich, no hay el menor cuidado. Pelillos á la mar y manos al tenedor y al cuchillo.

Trifon se sentó en una de las cómodas butacas que rodeaban la mesa, y dió comienzo á la masticacion con todo el afan del mas voraz gastrónomo.

— ¡Vive Dios, señor de Mendiluerta, que sabe usted bien aprovecharse de los mimos de la señora fortuna! A ver, muchacho, lléname esa copita larguirucha.

— ¿La de beber el *Champagne*? — preguntó el criado.

— ¿Con que cada vino tiene su copa?

— No señor, todos se beben con las copas anchas; pero el *Champagne*

tiene el privilegio de merecer una copa exclusiva.

—Echa pues *Champagne* en gracia de Dios.

El criado, al destapar la botella, hace saltar el tapon hasta el techo dando un fuerte estallido.

—¿Qué es eso?—dijo Trifon dando un salto en su butaca.—Me has asustado. ¿Es acaso cerveza lo que me das?

—No señor, es *Champagne* del mas exquisito, que fermenta como la cerveza, y hay que beberle de sopeton para que no se desvirtúe, por ejemplo de este modo.

Y el criado se bebió toda la copa de un sorbo.
—Me gusta tu agilidad—repuso Trifon—pero has olvidado que te hallas bajo mis órdenes y que yo no te he mandado que te echáras el *Champagne* al colete.

—Usted me ha preguntado como se bebia...

—Me parece que eres tan buena sanguijuela como yo. ¡Ea! echa otra copa para mí.

—Prepárese usted para beberla pronto.

Trifon asió la copa mientras el criado la llenaba; pero como este vertió el líquido de bastante altura, se llenó de espuma.

Trifon bebió precipitadamente, y exclamó:

—Esto es una engañifa.

—¿Por qué?

—No he bebido nada....

—Porque no sabe usted beberlo... Ya verá usted como se hace eso.

El criado iba á llenar la copa para dar una segunda leccion al convidado; pero este le dijo:

—No quiero aprender á beber eso. Es demasiado flojo para mí... Yo quiero cosa que pinche al pasar por el gatzate. Empina tú esa botella si te agrada el *Champagne*, y dame el Cognac.

—Aquí está la de Cognac.

—¿Y qué haces que no bebes?

—¿De veras me manda usted que me beba el *Champagne*?

—Te lo mando terminantemente.

—Entonces no puedo menos de obedecer, según las órdenes de mi amo.

—Ahora no tienes mas amo que yo.

—Así es la verdad.

—Soy el señor absoluto de estos mis dominios.

—Y me place que así sea —dijo el criado apurando lo que quedaba en la botella.

—¿Te place?

—Sí señor.

—Me alegro mucho, y échame Cognac en el vaso.

El criado echó un poco.

—Llena ese vaso, — le dijo Trifon.

—Es muy fuerte — replicó el criado.

—¿Temés que me haga alguna mala partida?

—No sería extraño.

—Nada temas, somos antiguos camaradas. Hace años que es mi bebida favorita.

—Siendo así...

—Llena, llena el vaso sin temor. Todo se reduce á echar despues una buena siesta.

El criado llena el vaso de Cognac y pregunta luego:

—¿Está bien así?

—Por fuerza, no cabe mas. Quisiera que fuera el vaso como una tinaja.

—¡Ave María Purísima!

—De poco te espantas.... Esto es un dedal.

Y Trifon se bebió todo el vaso de un golpe.

—¿Es usted hijo de Reus? — le preguntó el criado sonriéndose.

—Soy catalan, pero no hijo de Reus. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque he oido decir que los hijos de Reus se destetan con aguar-diente.

—Ellos lo entienden.

—Un dia que el amo dió un convite á unos caballeros catalanes, hubo uno de Reus que brindó de esta manera:

Brindo al bravo que cual yo,

atacado de hidrofobia,

el vino tiene por novia

y el agua nunca probó.

Dios omnipotente dió
 á cada cosa un destino;
 gástese pues, si el divino
 pensamiento ha de acatarse,
 el agua para afeitarse
 y para beber el vino.

La opinion que el criado de Mendilueta habia formado de los hijos de Reus era fundada, si hemos de creer á un célebre autor contemporáneo que se espresa del modo siguiente:

«Es sabido que los estómagos catalanes son en general á prueba de bomba...»

Algunos anatómicos aseguran que los fieros habitantes del Principado tienen molleja como los avestruces.

No sé si esto es verdad; pero los fisiólogos todos confirman el aserto.

Lo cierto es que los catalanes digieren hasta la arcilla y el cobre.

En el campo de Tarragona, sobre todo, se destetan los chiquillos con vino, se neutraliza la bilis con vino, y hasta con vino se curan las inflamaciones.

Los hombres de buen criterio y de sana razon, apagan su sed con el añejo del Priorato.

Durante la canícula, cuando más aplomados y perpendiculares caen los rayos del sol, toman por único refresco dos cuartillos de aguardiente de 25 grados.

Son muchos los que en lugar de bizcochos mojan en el chocolate guindillas, y cuyos postres habituales son dientes de ajo, que los comen á pasto como si fuesen almendras.

Por bien indicadas que parezcan las aplicaciones de la mostaza, no se ordenan jamás en aquel país á enfermos que esten á dieta, porque es seguro que se comerian los sinapismos.

Cuando una comitiva de reusenses entra de noche en una fonda, el dueño se da por dichoso si no se le zampan mas que las velas.

Con frecuencia vé desaparecer y abismarse en aquellos estómagos heróicos, los candeleros, los platos, las fuentes y algunas veces hasta los cuchillos y tenedores.

Uno hubo que se engulló la mesa y no murió de indigestión. Sabido esto, nadie tomará por exageración cuanto se diga del paladar y del estómago de un catalan, particularmente si es hijo de Reus.

Nos lisonjemos de que las precedentes líneas no herirán la susceptibilidad de ningun catalan por impresionable que sea, y mucho menos cuando se sepa que fueron escritas con el único objeto de divertir á los lectores de *La Risa*, periódico del cual las hemos tomado para justificar la opinion del criado que estaba sirviendo al pordiosero de Santa Cruz.

Como hijos de un honrado catalan nacido en Reus, y habiendo recibido nuestra primera educacion en la culta Barcelona, amamos fraternalmente á los catalanes, y sentiriamos que surgiera de nuestra pluma la mas leve ofensa que pudiera escitar su desagrado.

— Me ha gustado el brindis — dijo Trifon — pero no creas que el vino sea el idolo esclusivo de los catalanes. Tambien los valencianos le rinden su tributo de adoracion, y en prueba de ello, te recitaré un brindis que oí yo á un poeta del Turia con ocasion de haber devorado entre algunos amigos una magnífica *paella*.

Y Trifon recitó los siguientes versos:

Yo soy, como valenciano,

Y como bebedor fino,

Gran partidario del vino

En invierno y en verano.

No gasto en invierno en vano

Vino puro en vez de estufas;

Y en verano es, si me atufas

Y en provocarme te empeñas,

El sabroso Valdepeñas

Mi única horchata de chufas.

— ¡ Bonita octava! — exclamó el criado

— Se conoce que entiendes de versos como yo

— ¡ Que! ¿ no es bonita esa octava?

— No sabia yo que las octavas se compusieran de diez versos.

— Las octavas comunes no señor; pero las octavas reales tienen diez

versos — alegó el criado con la gravedad de un inteligente.

— Bueno es vivir para aprender — repuso Trifon. — Ya veo que eres un mozo instruido. A ver, apropíngame esas pechuguilas.

— El criado obedeció.

— Ahora siéntate á mi lado — añadió Trifon.

— ¿A su lado de usted? Es demasiado honor... no me atrevo...

— Déjate de cumplimientos. ¿Crées que soy alguna persona decente?

— Ya se vé que sí, y algo mas que decente; pues de otro modo no haríab mi amo tanto caso de usted. Aquí no vienen mas que personajes opulentos.

— Bien puedes conocer por mi traje, que la opulencia está reñida conmigo.

— Puede usted ser amante de la sencillez...

— De la sencillez á los harapos suele haber alguna diferencia.

— Será usted algun ricacho filósofo.

— La filosofía no es propiedad de los ricos.

— ¿Ha estado usted muchos años en Inglaterra?

— ¡Vaya una pregunta! ¿Pronuncio tan mal el castellano?

— No señor... pero como dicen que los ingleses son muy extravagantes... podia habérsele pegado á usted algo de sus costumbres.

— ¿Tan extravagante me encuentras?

— Como es usted de ese modo...

— ¿De qué modo soy? Yo creo que no me diferencio en nada de los demas hombres.

— ¡Oh! se diferencia usted mucho de los de su clase. Regularmente los ricos son orgullosos, y no solo les agrada el lujo en el vestir, sino que apenas dirigen una palabra afectuosa á los pobres, y mucho menos á los que tenemos la desgracia de servirles. Usted, por el contrario, lleno de remiendos....

— Esa dejadez es propia de todo solteron desengañado ya, y hastiado de los goces de este mundo.

— ¡Tanto habrá usted disfrutado de ellos!

— Divirtámonos un poco con este imbécil — dijo para sí Trifon. — En efecto, he gozado mucho, merced á los grandes recursos que siempre me han proporcionado mis riquezas.

— ¡Bien decia yo que era usted un personaje opulento! ¡Ay Dios mio!

Tal vez es usted grande de España... y no le he dado el título de vucencia, ni siquiera el de usía... perdone usted...

Y diciendo esto, el pobre criado se levantó de la butaca donde ya se había sentado junto á Trifon.

—Quieto, quieto...—le dijo este con aire de proteccion asiéndole del brazo y obligándole á ocupar la butaca—estás bien á mi lado. Yo no participo de las preocupaciones de los demas, y á pesar de mi colosal fortuna, miro á todos los hombres como hermanos, y aun doy la preferencia á los pobres. Aborrezco en el alma los cumplimientos, y para evitarlos me visto, así... por el estilo de los pordioseros..... Muchos creen que lo soy, y ni siquiera me saludan. Esto me place.

—Es un singular capricho.

—No es capricho, es necesidad..... Las riquezas me abruma..... no sé como disparlas, y me hacen infeliz.

—¡Vaya un ente original!—pensó el criado.

—¿No te gusta la perdiz en escabeche?

—Yo lo creo.

—¿Pues como no la comes?

—Usted no me lo ha mandado...

—Desde ahora te mando que comas de esta mesa todo aquello que te plazca, y bebas á discrecion. Ponte la servilleta como yo.—Trifon la llevaba atada al cogote.

—¡Que bueno es usted!—esclamó el criado apoderándose de una empanada de anguila que comió con avidez.

—¡Hola! ¿eres aficionado á pasteles?

—Yo me contento con cualquier friolerilla.

—Llena, llena los vasos, y vamos á echar un brindis.

—Con mucho gusto—dijo el criado en ademan de verter Jerez en las copas.

—Alto ahí—esclamó Trifon—no vayas á darme otra vez *Champagne*.

—Es riquísimo Jerez.

—Si es Jerez, adelante; pero te he mandado que llenes los vasos, y no las copas.

—Como los vasos son para el agua...

—¡Uf! no me nombres ese elemento... temo mas al agua que al fuego.

—Entonces no viajara usted nunca por mar—dijo el criado despues de haber llenado los vasos y bebidos el suyo sin resollar.

—Estoy de acuerdo con cierto ciego que cantaba la copla siguiente :

Y Trifon cantó al son de la jota :

«A mi me importa un comino»

Que sea salado el mar ;

Lo que si es de lamentar

Que el mar no sea de vino.»

—¡ Bien, salero ! — gritó el criado , que empezaba ya á sentirse un poco alegre. — ¡ Y dice usted que no sabe en qué gastar sus riquezas !

—¿ En que las gastarias tú ?

—En toda especie de comestibles y de *bebestibles*.

—Aunque comprase todas las fondas y bodegas de Madrid , no se conoceria nada en mis arcas. El producto de mis rentas se aglomera de modo , que no me da tiempo para gastar una pequeña parte de ellas ; así es que cada dia me veo mas abrumado..... y despues de haber derrochado por todos estilos infructuosamente , me veo tan apurado como antes. El dinero me ahoga , y si no hallo medio de librarme de él..... estoy resuelto á saltarme la tapa de los sesos.

—Debe usted de ser muy desgraciado.

—¿ Si soy desgraciado ? ¿ si soy desgraciado ? — exclamó en voz llorona Trifon. — ¡ Soy el mas infeliz del universo !

Y se zampó un vaso de Jerez.

—¡ Pobre señor ! — gritó casi llorando el criado.

Y otro vaso de Jerez se deslizó por su gaza.

—¿ Me compadeces ?

—¡ Y quien no ha de compadecer semejante infortunio ! Pero yo soy muy honrado , amigo mio , y no puedo ver lástimas en este mundo. Si usted me permitiera ayudarle á quitarse ese peso de encima... Tal vez entre los dos...

—No es posible. Me he asociado con los hombres mas viciosos del mundo , con las mujeres mas exigentes..... con esas que devoran un patrimonio decente en cuatro dias..... He tenido magnificos trenes... he dado suntuosos festines... bailes , saraos... He visitado las mas populosas capitales del orbe...

He derramado el oro á manos llenas en Roma, en Berlin, en Viena, en San Petersburgo, en Lóndres, en Paris, en Barcelona, aquí en Madrid... Todo, todo ha sido inútil.... no he logrado mas que satisfacer hasta el hastío todo linage de placeres... y no me queda ya mas goce que el de la mesa. La opulencia me empalaga, y he regalado casi todos mis palacios á mis amigos.

— ¡ Si yo hubiera conocido á usted antes! ¡ Con que placer hubiera contribuido á aliviarle de alguna de esas fincas! Tal vez aun podria usted deshacerse... aunque fuese de una modesta casucha.... yo la admitiria gustoso, únicamente para mejorar la situacion de usted.

— Gracias, amigo mio. De la misma manera, fastidiado de la multitud de coches y caballos que me mareaba, los he distribuido tambien entre las personas que mas afecto me profesan, así como los objetos de lujo y hasta mis propios trajes. Todo me cansaba por el abuso que habia hecho de ello, todo me mortificaba como ahora me mortifica el oro, y no sé lo que llegará á ser de mí. Soy el mas infeliz de los mortales.

— ¡ Pobre señor! — gritó de nuevo el criado saboreando el vino de su vaso. — Seria preciso tener un corazon de tigre para abandonarle en su desgracia. Si usted me cree digno de participar de sus infortunios...

— ¿ Y tendrás valor para separarte del señor de Mendilueta?

— El señor de Mendilueta es completamente feliz y para nada necesita de mis cuidados.

— Pero ignoras las condiciones bajo las cuales únicamente puedo yo admitir tus buenos oficios.

— No me paro yo en eso; el corazon se me ha partido al oirle referir sus desgracias, y no llevo mas objeto que participar de ellas. Los pesares son mas llevaderos cuando se reparten entre buenos amigos.

— Tienes un corazon escelente. Voy á manifestarte las condiciones que exijo de tí, por si te conviene aceptarlas. Bebamos antes un sorbo de este exquisito Ron.

Despues de haber empinado cada uno su copa, dijo el criado:

— Hable usted.

— Ante todo, amigo mio, necesito descanso.

— ¡ Qué lástima! ¿ Y quiere usted marcharse á dormir?

— No me entiendes, no trato aun de dormir la mona. Digo que necesito descanso ante todo, porque estoy cansado de tanto gozar en el mundo.

- ¡ Quien pudiese decir otro tanto!
- Es mayor infortunio del que tú crees.
- Mayor infortunio es estar cansado de no haber tenido el menor goce en el mundo, como á mí me sucede. Hoy es un día llovido del cielo, en que saco la tripa de mal año, merced á la generosidad de usted.
- Yo soy un hombre gastado, completamente gastado, y necesito quien me reemplace para poder disipar el oro que me sobra. ¿ Te consideras con fuerzas para abandonarte á todo género de mundanos deleites?
- Precisamente es esa la ambicion de toda mi vida.
- Es que para tales empresas es de todo punto indispensable una constitucion fuerte.
- La mia es de bronce.
- ¿ Tu edad?
- Treinta años.
- La mas á propósito.
- Ya lo vé usted...
- ¿ Eres aficionado á las hijas de Eva?
- Lo mismo que nuestro padre Adap. Tambien hubiera yo pecado en el paraíso.
- ¿ Estás dispuesto á abandonar tu patria siempre que convenga?
- Para mí todo es patria.
- ¿ Te gustaria ir á París?
- He oido ponderar mucho las bellezas de París, y los inmensos goces que allí encuentran los que pueden prodigar el oro.
- Tú le derramarás á manos llenas, y nunca se agotará la mina de tu erario.
- Me han dicho que hay muchachas muy lindas.
- En efecto, las *loretas*, estremadamente aficionadas al lujo. Esas son las que se comen los millones de los que hacen fortuna en la bolsa. Necesitan el patrimonio de un banquero cada quince dias. Son muy fieles á sus amantes mientras estos pueden atender á sus exigencias; pero el dia en que les falte un solo franco para completar el coste de un capricho, ponen de nuevo su amor á pública subasta, y se entregan al que mejor le paga.
- Son á propósito para nuestro objeto.
- Un ejército de *loretas* serán tus mejores tropas auxiliares para la disi-